

III. Los movimientos moleculares de la multitud

Hay dos o tres aspectos que se debe evaluar de los movimientos sociales contemporáneos, particularmente de los movimientos sociales desatados, desplegados y desarrollados en Bolivia. Estos aspectos son:

1. Su dinámica, sus recorridos y su configuración molecular.
2. El proceso de sus contradicciones internas.
3. Los juegos, enlaces, alianzas y articulaciones de la micropolítica y segmentaridad.

Todos estos temas van a ser evaluados en este análisis que se coloca en la perspectiva del presente como espesor histórico. Esto quiere decir que evaluaremos la actualidad de los movimientos sociales, la forma material de sus acciones, de su praxis; las formas de expresión, la formación enunciativa en curso, las prácticas discursivas, los imaginarios sociales emergentes; pero también los heredados, el contenido histórico y social de las luchas; la forma de contenido subjetivo. A este presente en la perspectiva del análisis nos aproximamos mediante una composición metodológica. Esta composición tiene que ver con la forma material, la forma discursiva, el contexto histórico y la constitución subjetiva.

La dinámica, los recorridos y la configuración molecular de los movimientos sociales

La dimensión molecular es la que casi siempre se desatiende en los análisis políticos y sociales. Esta dimensión es el sustrato de los acontecimientos. Se trata de la multiplicidad de lugares desde donde se gesta un movimiento, se articula su composición, sale a la luz, una vez que se ha incubado en la sombra, en el silencio aparente de los rincones y de los márgenes. La forma molecular, cómo funciona su gestación y después su desplazamiento, es la condición de posibilidad existencial de la manifestación. Generalmente, se trabaja desde el producto terminado, como si este producto terminado hubiese estado ahí desde siempre, esperando a que alguien lo descubra.

El analista y el cientista social nunca van a renunciar a los modelos deductivos, a los paradigmas modernos que suponen totalidad y estructuras. Por eso, casi siempre encuentran analogías y continuidades en la historia de los movimientos sociales. Por eso terminan elaborando cronologías largas, como haciendo el seguimiento de un espíritu de la rebelión. Este sujeto de la rebelión no es más que una construcción a priori del sujeto investigador, un desdoblamiento de un ego solitario, que busca desesperadamente poblarse con el uso reiterativo de teorías fragmentadas.

De lo que se trata es de superar esta herencia de la modernidad, de desapegarse de un centro, que es el centro del análisis, compuesto de un cuerpo de hipótesis encuadradas a una verdad preestablecida: hay rebelión porque hay crisis; que es lo mismo que decir: hay rebelión porque hay demandas. Esta tautología nos traslada al contenido repetitivo de los discursos analíticos. De lo que se trata es de partir de los márgenes, de la dislocación de la periferia, de la multiplicidad de las singularidades que bullen en el entorno del problema. No se trata, por cierto, de bajar a los testimonios. Digan lo que digan los testimonios, siempre serán escuchados por un par de orejas, por un oído; las orejas y el oído del investigador, que se encuentra ya conformado, ya estructurado. Por eso, éste actúa como memoria reiterativa. De lo que se trata es de encontrar en el laberinto de los recorridos, trayectorias, nomadismos

de los múltiples sujetos dispuestos a quebrar la estática del poder, los diversos nacimientos de la subversión de la praxis. Con la distribución espaciada de estos nacimientos, de los miles de recorridos que optan por distintas direcciones, de sus conexiones, de sus articulaciones y alianzas, se conforman dispositivos y agenciamientos que retienen las fuerzas desplegadas, atribuyéndoles orientaciones consensuadas.

En la medida en que evoluciona este proceso de alianzas, de simultaneidades, de creación de dispositivos alternativos, se expande la rebelión. Ésta produce aquel desplazamiento, pero no sólo acontece su espaciamiento sino también su propia metamorfosis. Ahora son los dispositivos los que forman cadenas, series, cuadros, matrices. Avanzan su transformación en máquinas de guerra. Es cuando la rebelión se convierte en una subversión, inventando territorialidades, desterritorializando la geografía del poder, configurando un mapa de contrapoderes.

Esta genealogía de la rebelión no se desentiende de las temporalidades inmanentes a la praxis de la subversión. Se retoma las historicidades efectivas no tanto en su secuencia como en sus intensidades. La medida de las temporalidades es relativa. Depende del referente. Como este referente es subjetivo, depende de la experiencia múltiple de los sujetos, depende de las vivencias y la capacidad de significar los sucesos, escapando de las campañas publicitarias, de los lenguajes de la imagen, de las políticas establecidas que montan escenarios, dando más bien lugar a las alteridades de los imaginarios radicales. Nacen otros sentidos del magma de significaciones. Los sentidos que inventa la multitud. Aunque esta nueva semántica no esté del todo decodificada, del todo interpretada, se vislumbra un nuevo horizonte hermenéutico. Obliga entonces a modular los estudios de los movimientos sociales en función de los nuevos códigos, devenidos de los afectos, deseos, pasiones de las multitudes. La teoría es posible. Pero se trata de una teoría de ruptura. Se debe elaborar nuevas armas de la crítica, considerando la crítica de las armas desplegadas por los rebeldes y subversivos.

También hay historias acumulativas. No deja de considerarse las experiencias precedentes. Sin embargo, las anteriores asonadas no plantean una linealidad y una continuidad, como si fuese un hilo conductor que nos lleva fatalmente a la victoria o a la derrota. En los

paradigmas de la modernidad se consideraba el problema de los procesos revolucionarios desde un telos, desde una finalidad preestablecida, presupuesta desde un origen de las contradicciones estructurales. Esta finalidad era la toma del poder. ¿Qué hay después? ¿Escapamos del poder? ¿Escapamos del capitalismo y del colonialismo? ¿O más bien la lógica del poder captura la victoria revolucionaria condenándola a la restauración del poder por otros medios?

La experiencia de los Estados socialistas de la Europa Oriental nos enseña que en la medida en que no se escapa de la historia, se restaura el poder; que en la medida en que se reproduce el Estado, se repite el capitalismo en sus nuevas condiciones, aunque en éstas no aparezca la burguesía sino una burocracia de funcionarios que expropián al proletariado el ejercicio de las transformaciones. No es, pues, el logro de una finalidad preestablecida lo que permite evaluar objetivamente los movimientos sociales.

En la contemporaneidad, la comprensión de los movimientos sociales requiere captar la inmanencia de los procesos, las singularidades de los acontecimientos, la elaboración espontánea y consensuada de las tácticas, las constantes adecuaciones de la multitud a los desafíos de la coyuntura. Quizás una de las preguntas clave sea cómo se constituyen los sujetos sociales en la contemporaneidad. ¿Cómo escapan a los diagramas de poder que los han constituido? ¿Cómo inventan líneas de fuga, recreando recorridos nómadas? ¿Cómo se apropian de los espacios públicos, derivando en efectos políticos de alcance?.

Pero también habría que preguntarse sobre los límites y las contradicciones de los movimientos sociales, sobre sus herencias estructuradas, sobre las formas conservadoras y autoritarias persistentes, sobre sus deseos de Estado. Todo esto forma parte de la incertidumbre, del campo de posibilidades y de las probabilidades inherentes a los eventos, a la herencia de determinantes y condicionantes pervivientes. Las contradicciones no sólo son materiales y políticas, sino también subjetivas. Hay problemas existenciales y relativos a la subjetividad en los movimientos sociales. Éstos no pueden visibilizarse desde la dimensión molar de los eventos, sino que es indispensable hundirse en la dimensión molecular.

Ahora bien, la dinámica molecular no excluye la formación molar. Las perspectivas molecular y molar no sólo se complementan, sino que lo molecular es la condición existencial de la formación molar, que puede ser llamada la dimensión instituyente e instituida del mapa cambiante de las instituciones, de las instituciones imaginarias de la sociedad, de la forma material de su perduración, de su reminiscencia, pero también de la configuración de su engranaje maquínico. La dinámica molecular de los movimientos sociales nos permite entender los ritmos paulatinos, a veces abruptos, de las modificaciones en el mapa institucional. Ninguna institución es realmente estática. En ella bulle la vida funcional de sus aparatos, de la aplicación de sus reglas, de las desviaciones cómplices, aceptadas en el pragmatismo del clientelaje y la corrosión. Pero también las reformas pequeñas, medianas y grandes las atraviesan. ¿Cómo entender esta dinámica molar de las instituciones sino en concomitancia con las dinámicas moleculares de clase? El estudio de las dinámicas moleculares de clase y de los movimientos sociales estriba en el análisis del sustrato de los acontecimientos, pero también de los mapas institucionales.

Los movimientos sociales de mayo y junio de 2005 arrojan muchos datos, muestran bastantes síntomas como para poder abordar el análisis de sus dinámicas moleculares. Para llegar a esta dimensión múltiple, bullente, que aparece como si fuera caosmosis, partamos de un lugar intermedio, que llamaremos el de los estratos de los movimientos sociales; pero también, en correlación con este lugar intermedio, tenemos otro lugar, el de las sedimentaciones de los movimientos sociales.

Estratos y sedimentaciones de los movimientos sociales

La sectorialización de los movimientos sociales en mayo y junio de 2005 parece mantener la misma característica de los movimientos de masas que arrancaron en la guerra del agua (abril de 2000), atravesaron el bloqueo de caminos campesino e indígena de septiembre de ese mismo año y llegaron a las elecciones de 2002, con fisuras entre bases y dirigentes, bases e instrumentos políticos, inmediatamente después del ascenso al Parlamento de dirigentes indígenas, sindicales e izquierdistas. Se

recorrió un lapso crítico para llegar al rebasamiento de las bases respecto de las dirigencias en febrero de 2003, en medio de la contingencia de un motín policial.

Esa sublevación de las bases se prolongó evolutivamente a septiembre y octubre de 2003, cuando se produjo la insurrección pacífica, tanto en el campo como en las ciudades de El Alto y La Paz, con ciertas repercusiones en otras ciudades. Esa insurrección derivó en la sustitución presidencial de Sánchez de Lozada, y marcó de lleno el ingreso a un periodo de transición política. Como decíamos, la sectorialización parece mantenerse en mayo y junio de 2005, cuando vuelve la asonada popular, con características parecidas al renombrado octubre de 2003. Sin embargo, las diferencias asoman rápidamente. Se trata de otra coyuntura, distinta en varios aspectos. Fue el punto crítico más alto de la transición. El gobierno de Carlos Mesa terminó perdiéndose en su propio laberinto. Lejos de cumplir con lo encomendado en octubre de 2003 (la recuperación de los recursos hidrocarburíferos y la Asamblea Constituyente), Mesa prefirió alejarse de esta agenda y se acercó más bien a una nueva agenda, inventada e impuesta por la burguesía intermediaria, apoyada por la conspiración de las empresas transnacionales y, de manera indirecta, por la conspiración de los organismos multilaterales.

La aparente levitación del gobierno de Mesa sobre el campo de fuerzas, conformado por las luchas sociales y las reacciones conservadoras, terminó convirtiéndolo en una fuerza centrífuga ficticia. Esta ficción fortaleció a la contrarreforma conservadora, que buscaba restaurar el orden político perdido con la fuga de Sánchez de Lozada durante la asonada popular de la guerra del gas. Un referéndum sobre los hidrocarburos inició el lento recular del gobierno de transición hacia el campo conservador, hacia el peso específico del poder económico de la burguesía intermediaria, en su versión ideológica de oligarquía regional. Las contradicciones entre el Ejecutivo, sobre todo en la figura del presidente, y el Comité Cívico de Santa Cruz fueron patentes todo el tiempo durante el referéndum del 18 de julio y después del cabildo en Santa Cruz de junio de 2004. Se ahondaron después de la concentración y el cabildo autonómico de enero de 2005 en Santa Cruz de la Sierra. Tales contradicciones expresan los distintos intereses de los estratos de

la burguesía nacional, pero también las estruendosas dificultades de la burguesía intermediaria para lograr un proyecto de Estado.

Quizás Mesa era la mejor carta que se tenía; empero, la óptica regionalizada de una parte de la burguesía, sus fuertes vínculos ideológicos con el neoliberalismo, sobre todo en la versión despojante de Gonzalo Sánchez de Lozada, terminaron escindiendo los intereses particulares de los intereses generales de la burguesía. Esto nos muestra que los distintos estratos de la burguesía no tienen conciencia para sí, usando la terminología de Hegel. Carlos Mesa nunca fue el hombre de los movimientos sociales; no podía serlo debido a los límites impuestos por la clase a la que pertenecía, la clase media alta e ilustrada. El hecho de que un movimiento social lo hubiera obligado a asumir el mando constitucional es parte del azar político, del juego de las circunstancias. La popularidad ganada por Mesa a un principio se debía más a su capital simbólico. Su figura de intelectual, de historiador, de comunicador social le confirió prestigio, lo que se sumó al hecho de que fue la mejor salida que encontró la plebe después de la asonada. Bastaron menos de veinte meses para perder su popularidad. Se retiró sin poder y sin apoyo, desmoralizado ante la intensidad de la revuelta popular, que irónicamente volvía a forzar una nueva serie de sustituciones constitucionales. La presidencia recayó en la máxima autoridad del Poder Judicial, Eduardo Rodríguez, quien asumió con el mandato expreso de llamar a elecciones generales.

Los movimientos sociales repitieron en mayo y junio de 2005 sus diferencias integradas en una simultaneidad rebelde: trabajadores mineros y cooperativistas mineros, confederaciones, federaciones, centrales y subcentrales sindicales agrarias, acompañados por autoridades originarias y ayllus, en un pacto sin precedentes por la unidad. En este conglomerado sindical y de comunidades se encuentran las seis federaciones cocaleras del Chapare, sumadas a la federación cocalera de los Yungas, las organizaciones de colonizadores, además del Movimiento de los Sin Tierra (MST); el pueblo alteño, con su poderosa Federación de Juntas de Vecinos (FEJUVE), las corporaciones gremiales, los sindicatos de maestros, los obreros sindicalizados de las urbes, los estudiantes universitarios. A todos estos sectores sociales se suman, a última hora,

los municipios mediante convocatorias ambiguas, los trabajadores de los aeropuertos y ciertos fragmentos populosos de las clases medias.

Todo este conglomerado parece repetir los sucesos de abril de 2000 y de octubre de 2003; es decir, la suma de los sectores sociales alzados. Sin embargo, hay diferencias. Éstas tienen que ver con los desplazamientos internos y externos de los movimientos sociales. En seis años, las consignas de los movimientos han unificado objetivos compartidos. Ya en octubre de 2003 los objetivos primordiales se podían resumir en dos: recuperación total de los hidrocarburos y Asamblea Constituyente, que fueron replanteados en mayo y junio del 2005. Sin embargo, su significación ha cambiado, madurando en la especificación de los significados. Se habla ahora de una nacionalización de los hidrocarburos y de una Asamblea Constituyente como poder constituyente de las multitudes.

Por otra parte, los movimientos sociales tienden a actuar de manera mancomunada, llegando a acuerdos o haciendo coincidir sus marchas para confluir en concentraciones y cabildos gigantescos. Esto ocurrió el 24 de mayo de 2005 y volvió a ocurrir el 8 de junio de ese año. Pero se trata de otra coyuntura, distinta a la de octubre de 2003. El contexto es otro, el mapa de fuerzas, diferente. Desde el referéndum hasta junio de 2005, la derecha despliega una ofensiva en varios ámbitos: monopolio de los medios de comunicación, campañas publicitarias que hacen de caja de resonancia, cabildos autonómicos, conspiración parlamentaria, asamblea preautonómica y hasta un golpe de mano intentando la sustitución constitucional del presidente del Congreso, Hormando Vaca Díez, lo que podría haber derivado en la aplicación de mano dura, un estado de sitio y la represión a las organizaciones sociales, a los movimientos sociales y a los dirigentes e intelectuales ligados al movimiento social.

Pero tal ofensiva de la derecha, de la oligarquía regional, de la burguesía intermediaria, de las trasnacionales y de los partidos tradicionales terminó en seco gracias a la heroica intervención de los movimientos sociales en Sucre, la capital de la República. La ciudad fue copada, la plaza 25 de Mayo sitiada y emboscada, se tomó el aeropuerto, los trabajadores de la Administración y Servicios de Aeropuertos Nacional (AASANA), organizados sindicalmente, entraron en huelga; también entraron en huelga los gobiernos municipales.

Toda una tenaza social movilizada envolvía a los diputados, atrapados en la vorágine de la sublevación. Los parlamentarios, que habían escapado de La Paz para sesionar tranquilos, para conspirar en calma, se encontraron de pronto emboscados en la ciudad de los cuatro nombres. Al movimiento social este gasto heroico le costó una víctima fatal y varios heridos, todos ellos mineros.

Los desplazamientos externos de los movimientos sociales tienen que ver con su expansión. El movimiento se expande a todo el eje central, incorporando al mapa de los bloqueos a la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. La expansión del movimiento se extiende al sur, logrando una gran concentración y marchas en Sucre. También hay irradiaciones del movimiento al norte, sobre todo en el departamento del Beni. Prácticamente toda Bolivia estaba copada por las movilizaciones y bloqueos y sitiadas sus ciudades.

Lo que diferenció a mayo y junio de 2005 de octubre de 2003 fue la expansión. El mapa de los movimientos sociales anteriores muestra efectos políticos más circunscritos al occidente. En cambio, el mapa de los movimientos sociales recientes logró efectos políticos mayores, esta vez en todo el país. Todo esto se desarrolla en un contexto distinto de correlación de fuerzas. En octubre de 2003 los sectores conservadores, que manejaban el aparato público, fueron sorprendidos por la virulencia de los eventos. En cambio, hasta mayo y junio de 2005, las organizaciones sociales se defendieron de una ofensiva restauradora que se aproximaba a sus dos años de vida. En mayo y en junio se volvió a la ofensiva en torno a la nacionalización de los hidrocarburos y la Asamblea Constituyente. Con la renuncia del presidente del Congreso y del presidente de la Cámara de Diputados a la sustitución constitucional, la derecha volvió a ser derrotada políticamente.

Sin embargo, se abría una nueva coyuntura plagada de incertidumbre. No se había logrado los objetivos de la lucha; ni la nacionalización de los hidrocarburos, ni la Asamblea Constituyente. Se ingresó entonces a una etapa electoral, donde no se sabía en qué condiciones se encontraban los sectores sociales para afrontar las elecciones que se avecinaban.

Los desplazamientos internos del movimiento social tienen que ver con su intensidad. Tres semanas de movilizaciones, bloqueos y marchas las de mayo y junio de 2005. Tres semanas de constante evolución en espiral. Tres semanas de construir una argumentación popular en torno a la nacionalización, a la Asamblea Constituyente. Se desarrolló una posición crítica respecto de los gobiernos autonómicos departamentales con dos alternativas: o discutir el tema en la Asamblea Constituyente, lugar apropiado para tratar todas las propuestas en torno al nuevo diseño de Estado, o inducir a alternativas y formas autonómicas sobre la base de las nacionalidades, los municipios y las provincias. Fue un desenvolvimiento de la experiencia colectiva, con intensas vivencias de los movilizados, aunque también de los no movilizados. Fue un aprendizaje en corto tiempo de los ritmos y de las transformaciones inherentes al campo político. Fue una decodificación de los discursos oficiales, una emergencia de los saberes y una constitución de sujetos sociales. Los desplazamientos internos implican la ampliación de los horizontes internos.

El balance de los acontecimientos de mayo y junio es el siguiente:

1. Si tomamos en cuenta la ofensiva conservadora, podemos valorar como victoria política el haber logrado evitar la restauración de los partidos tradicionales, que venía acompañada por el estado de sitio y la represión.
2. Si consideramos los objetivos de la lucha, es decir, la nacionalización de los hidrocarburos y la Asamblea Constituyente, podemos evaluar lo sucedido como una postergación de esos objetivos primordiales. La sustitución constitucional del presidente de la Corte Suprema, con la consecuente tarea de convocar a elecciones, fue un diferimiento de los anhelos populares.
3. Si constatamos la expansión de los movimientos sociales, podemos valorizar su capacidad de convocatoria y de movilización. El incremento de sus formas de organización, su irradiación y circulación produjeron desplazamientos internos que coadyuvaron a la intensificación del uso de las formas; produjeron también desplazamientos externos que coadyuvaron a la expansión de estos usos a desterritorializaciones y reterritorializaciones, en espacios lisos y volviendo a cartografiar espacios estriados.

4. El ingreso a una etapa electoral exigió al movimiento social nuevas tácticas, articuladas estratégicamente. Las organizaciones sociales y el instrumento político del campo popular requirieron replantear sus estrategias políticas, su forma de organización y su forma enunciativa.
5. Considerando la formulación de estrategias, vemos que los movimientos sociales no abordaron la elaboración alternativa de planes y programas de largo aliento, y optaron más bien por construcciones parciales, momentáneas y coyunturales.
6. Todo esto nos conduce a evaluaciones pendientes de la relatividad referencial. La composición de los referentes y la composición de las evaluaciones nos trasladan a una valoración móvil y cambiante del acontecimiento.
7. En conclusión, no hay victoria total ni derrota absoluta, sino victorias parciales y derrotas específicas. Es menester escapar del dramatismo de las ponderaciones heredadas de la modernidad, avanzar más bien a ponderaciones dinámicas, adecuadas a las variaciones de los procesos. La vida continúa.

El proceso de las contradicciones internas

Se puede apreciar que los movimientos sociales contienen sus contradicciones, muestran paradojas, a veces hasta aporías. En la intimidad de estos procesos contradictorios es indispensable analizar una paradoja arrojada en el contexto de las luchas sociales recientes. Esta paradoja tiene que ver con los objetivos primordiales planteados por los movimientos sociales: la nacionalización de los hidrocarburos y la Asamblea Constituyente. La pregunta es: ¿quién iba a nacionalizar y quien iba a convocar a la Asamblea Constituyente? Las organizaciones sociales y el instrumento político depositaron estas tareas en el Estado. Concretamente, en octubre de 2003 se encomendó estas tareas al gobierno de transición de Carlos Mesa, también en mayo y junio de 2005 se exigió al gobierno y al Parlamento su cumplimiento. Luego se delegó estas tareas al segundo gobierno de la transición.

Resultaba paradójico que se depositara el cumplimiento de los objetivos del movimiento social a instituciones que no tenían voluntad de hacerlo; es más, que estaban en contra. Era obligar al enemigo a ejecutar

acciones que le iban a afectar. Esta paradoja se puede plantear también de otra manera: la sublevación contra el Estado termina siendo estatalista. En el fondo, tal como se presentó, sin poder cruzar sus propias limitaciones, la rebelión reproduce al Estado en la expectativa de sus demandas. Reproduce al sujeto, al soberano, a quien van dirigidas estas demandas.

También se puede replantear la paradoja de otro modo: la subversión contra las instituciones del ancien régime terminó siendo legalista, pues exigía el cumplimiento de las leyes, de la Constitución, y también la construcción de una nueva legalidad. Se esperaba que el Parlamento convocara a la Asamblea Constituyente, se esperaba que el Parlamento nacionalizara los hidrocarburos. Esto, como se sabe, no ocurrió. Nos encontrábamos lejos de ese postulado del mayo de 1968 parisino: "los derechos no se los mendiga, se los toma". Podemos interpretar también la paradoja del siguiente modo: la insurrección contra el poder usó los métodos, instrumentos y procedimientos usuales de la política oficial. ¿Cómo explicar esto?

René Zavaleta Mercado hablaba de una paradoja señorial, en la que el patrón criollo y el indio entablaban una relación perversa de dominación y sumisión. La paradoja señorial viene a ser una interpretación, en las condiciones de la formación social boliviana, de la dialéctica del señor y el siervo, dialéctica de señorío y servidumbre, expuesta en la Fenomenología del espíritu de Hegel. Kojève interpreta esta dialéctica como la dialéctica del amo y del esclavo. Independientemente de si se trata de la misma situación filosófica, la paradoja señorial y la dialéctica de señorío y servidumbre muestran analogías estructurales. Ciertamente hay que distinguir la consecuencia teórica de las dos expresiones. Cuando se habla de paradoja se señala algo irresoluble; cuando se habla de dialéctica, se plantea una superación, una síntesis que contiene la contradicción. Ya marcada esta diferencia teórica, nos interesa saber si hemos salido de la paradoja propuesta por René Zavaleta. ¿La paradoja de la que hablamos, que podemos interpretarla como la paradoja estatal, forma parte de la paradoja señorial? Dos hipótesis interpretativas al respecto:

1. Al no salir del horizonte del colonialismo interno, reproducimos de distintos modos la paradoja señorial, que puede interpretarse como una dialéctica perversa de dominación y sumisión.

2. La paradoja estatal deriva de la instauración del Estado nacional de 1952, Estado paternalista, criatura y padre del proletariado minero. Esta paradoja forma parte del imaginario social de lo nacional-popular.

No necesariamente estas hipótesis son excluyentes. Sólo que una se mueve en el horizonte de la paradoja señorial, en el horizonte del diagrama colonial, y la otra se mueve en el horizonte del Estado populista. Esto no quiere decir necesariamente que un horizonte, el segundo, se encuentre dentro del otro, el primero. Pueden ser horizontes distintos, aunque yuxtapuestos.

Esta caracterización es importante, sobre todo para no calificar a lo nacional-popular como continuidad del colonialismo. Las concepciones nacional-populares pueden oponerse al colonialismo, sólo que lo hacen en el contexto de las luchas nacionales contra el imperialismo. Las concepciones anticoloniales arrancan de la memoria larga, atravesando el estupor de los siglos; pero, en la medida en que no retomen las luchas nacional-populares, se quedan en el mito o, en todo caso, en una reivindicación abstracta. Las discriminaciones, las exclusiones y los racismos coloniales adquieren connotación histórica en la formación social, en la estructura del Estado y la sociedad periféricas, en el contexto de las contradicciones de una República perdida en el interior de la periferia, atravesada por las contradicciones de una sociedad de clases, en un país ocupado por el imperio y el régimen económico impuesto por las transnacionales.

Juegos, enlaces, alianzas y articulaciones de la micropolítica y su segmentaridad

Encontremos las segmentaridades binarias, circulares y lineales de los movimientos sociales, segmentaridades flexibles y duras, segmentaridades conformadas en un ámbito de recurrencias micropolítica, que hace de sustrato a la macropolítica, cuando los movimientos sociales en su conjunto se oponen al Estado. Las segmentaridades binarias aparecen cuando emergen las contradicciones de clase: proletarios contra

burgueses, campesinos contra terratenientes, también en su versión de campesinos sin tierra contra latifundistas. Estratos urbanos populares contra las instituciones de servicio. Los estratos plebeyos de la nación contra las empresas transnacionales, pueblos indígenas contra las oligarquías.

La segmentaridad binaria también aparece en la bifurcación entre hombres y mujeres, entre niños y adultos, entre adolescentes y viejos. Las segmentaridades circulares aparecen cuando a partir de un centro se configuran distintos círculos, que pueden ser concéntricos o no: mi casa, mi calle, mi barrio, el distrito, el municipio, la ciudad, la provincia, el departamento. Las segmentaridades lineales aparecen cuando dejamos la familia y entramos a la escuela, cuando dejamos la escuela y entramos a la universidad, o cuando dejamos cualquiera de estos segmentos y vamos al espacio de trabajo. Nos movemos linealmente de un segmento a otro.

Todas estas segmentaridades pueden ser flexibles o duras, depende de la plasticidad o dureza del juego segmentario en el mapa institucional, en el mapa de clases y en el mapa de las territorialidades diversas. En los movimientos sociales, tanto las organizaciones como los sindicatos aparecen como segmentaridades circulares. Pero cuando pasamos de la junta de vecinos y vamos al sindicato, nos encontramos en una circularidad lineal. También aparecen circularidades binarias como la distinción dinámica entre bases y dirigentes.

Cuando estas segmentaridades conforman una cartografía dura ingresamos a formas de dependencia y autoritarismo, formas que terminan inhibiendo al movimiento social. Cuando estas segmentaridades conforman un espacio liso, este espaciamiento flexible libera flujos que derivan en enlaces, alianzas y articulaciones novedosas, que terminan diseñando nuevos recorridos, que derivan en redes y entramados desbordantes. La subversión es un tejido hilvanado desde las segmentaridades flexibles, las cuales componen los campos de la micropolítica.

Multitudes y clases en los movimientos sociales antisistémicos

Ha vuelto la discusión sobre los nombres, las definiciones, los conceptos y las clasificaciones sociales. ¿Cómo identificar a los movimientos sociales desatados como respuesta a la destrucción socioeconómica dejada por el neoliberalismo? ¿Encontramos allí al proletariado? ¿Se trata de nuevas clases o, más bien, de una nueva descomposición de las clases, un nuevo desclasamiento, así como ocurrió cuando se formó el proletariado? Antonio Negri y Michel Hardt sugieren volver a utilizar el nombre de multitud para referirse a los nuevos fenómenos sociales, en el contexto de la globalización. En esa misma perspectiva, aunque con otra tonalidad, lo hace también Paolo Virno al hablarnos de la gramática de la multitud. Este retorno a la categoría de multitud usada por Spinoza abre no solamente un debate, sino también nos enfrenta nuevamente a los secretos del lenguaje, del que no salimos nunca enmarcándonos en nuestro hábito de nombrar.

¿Por qué multitud es mejor que proletariado en el análisis y la interpretación de las luchas sociales contemporáneas? ¿Es ésta la pregunta clave? ¿No es mejor hablar de una modificación en el ámbito de las relaciones entre lenguajes y referentes espacio-temporales? Con esto estamos diciendo que la situación del lenguaje no es la misma que durante el siglo xix y la primera mitad del siglo xx.

Durante la segunda mitad del siglo xx, el lenguaje se disemina; emergen desde su interior sus partes componentes, cada una de ellas reclama la representación de la totalidad. Sus partes se articulan de otra manera. Este proceso le abre nuevas posibilidades. El lenguaje se hace más rico y expansivo. Se complementa también de otra manera con las prácticas e instituciones sociales. Las transformaciones tecnológicas también redefinen su relación con aquél.

Tomando en cuenta tal contexto de transformaciones podemos ver que el lenguaje —como matriz, pero también como flujos; como estructuras, pero también como desplazamientos; como composiciones, pero también como invenciones— cambia sus condiciones de relacionamiento. Es de esperar entonces que sus usos cambien a su vez las significaciones,

las simbolizaciones, las figuraciones, los valores conceptuales, las conceptualizaciones, los sentidos diversos. Proletariado ya no quiere decir lo mismo; algo parecido ocurre con multitud y clases sociales. Las condiciones de significación de estas palabras han cambiado.

No estamos apostando a una especie de metafísica del lenguaje. No decimos que sólo han cambiado las condiciones del lenguaje; decimos que han cambiado sus condiciones de articulación con las instituciones. Lo que decimos supone la modificación y transformación de las instituciones mismas, de su mapa, de su disposición en el mapa. No dejamos de percibir una transformación en la geografía social, en los antiguos usos del lenguaje; se diría, de cambio en la realidad, o, mejor, en los recortes de realidad. Empero, no hay que olvidar que la realidad de la que se hablaba no es independiente de los usos del lenguaje. Esa realidad se hace visible en éste. Tendríamos que hablar entonces de una compleja relación entre articulaciones del lenguaje, relación que se abre a las articulaciones de estas articulaciones con composiciones institucionales, con configuraciones espacio-temporales.

Hablamos entonces de los distintos niveles del lenguaje, de sus diferentes sedimentaciones, estratificaciones que componen formas de expresión y formas de contenido. Podemos hablar de una mezcla entre prácticas, usos, articulaciones, composiciones del lenguaje y prácticas, comportamientos, conductas, instituciones, conglomerados institucionales, formaciones sociales. Estos planos de consistencia pueden dar cuenta de la ubicación, el valor, el estancamiento, el desplazamiento y la diseminación de los sentidos.

Durante la modernidad se usó la concepción de clases sociales, en plural, para describir el cuadro diferenciado de la sociedad. Primero se la usó para describir el cuadro económico. Las clases sociales respondían a funciones económicas. Esto se puede ver en el cuadro económico de Quesnay. Saint-Simon transfirió la diferenciación del cuadro económico a un cuadro social. Las clases económicas no sólo aparecían descritas sino también, de forma dinámica, se enfrentaban unas a otras. El sentido de la dinámica de clases venía dado por la lucha de clases en el contexto de la Revolución Francesa. El socialismo francés retoma esta herencia teórica, otorgándole mayor precisión.

Marx y Engels desarrollan la teoría de la lucha de clases en el contexto de las sociedades estructuradas por el modo de producción capitalista. Se trata de un campo de intensidades, desplazamientos, contradicciones que atraviesan, componen y corroen el espacio social. En esta historia de contradicciones y antagonismos, el proletariado aparece como una clase compuesta por la disolución de las otras clases. Por lo tanto, aparece como límite de las clases sociales. Límite donde éstas dejan de ser clases para reconocerse en su disolución completa, cuando pierden toda propiedad y les queda sólo su cuerpo, susceptible de convertirse en mercancía. El cuerpo como mercancía es la fuerza de trabajo.

La lucha de clases adquiere su mayor intensidad en la perspectiva del proletariado, la última clase, la que no tiene nada que perder. Su lucha tiende, a su vez, a disolver la sociedad de clases. El proletariado liberará a las clases explotadas de las cadenas impuestas por el capitalismo. En la descripción marxista, el proletariado adquiere no sólo personalidad propia sino que también se convierte en sujeto como conciencia de clase para sí. La figura que se describe es la del obrero uniformado que llena las ciudades industriales. Proletariado, término plural, define a esa clase liminar explotada por el capital. La significación del proletariado irradia a todos los trabajadores que sufren la subsunción del trabajo por el capital. El proletariado es el portador de una nueva sociedad, es el sepulturero de la sociedad capitalista y el creador de la sociedad comunista.

La Comuna de París, las insurrecciones de 1848, las huelgas y paros, las luchas por las ocho horas de trabajo en Francia son los escenarios donde el proletariado adquiere un perfil histórico. La expansión de las luchas sociales modernas al Oriente va a enriquecer la forma y el contenido del proletariado, va a ampliar su entorno y comprometer alianzas. Las tesis del Oriente, que desarrollaran Lenin y Trotsky, son la expresión mejor lograda de los nuevos rasgos del proletariado a escala mundial. La complejidad de las formaciones sociales en el Oriente, en los bordes, límites, umbrales y periferia del capitalismo, trata de ser pensada según las modificaciones en las formaciones enunciativas marxistas, desplazamientos de las prácticas discursivas.

El sentido del proletariado cambia en ese nuevo horizonte que define la alianza obrero-campesina. La alianza permite plantear la posibilidad

de la Revolución Proletaria en el punto de quiebre del eslabón más débil de la cadena capitalista. Esta alianza no es solamente campesina, sino una articulación entre dos ámbitos de clase, un recorrido de la historia de la proletarización y la campesinización. El bolchevismo se sostiene en el trasfondo del populismo de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. La tesis de la hegemonía proletaria y la estrategia de la dictadura del proletariado se salvan de caer en el razonamiento y las prácticas populistas. Como se puede ver, no es el mismo sentido ontológico y subjetivo del proletariado en el siglo XIX y de principios del siglo XX. Por lo tanto, tampoco es el mismo proletariado.

El siglo XX se abre con la insurrección de los guerreros del Celeste Imperio, los tai ping, los llamados boxers, en la China ocupada por las potencias colonialistas. En Bolivia se abre con la Guerra Federal y, dentro de ella, con la rebelión aymara. De 1910 a 1919 transcurre la Revolución Mexicana. Todas estas subversiones se dan en la periferia capitalista. Ninguna es proletaria. Se trata, prioritariamente, de campesinos en México; de indígenas en Bolivia; de guerreros taoístas en China. Es una lucha por la reforma agraria, por la defensa de las tierras de comunidades y una guerra abierta contra la ocupación colonial. Todos estos objetivos planteados tienen que ver con la expansión capitalista y las consecuencias perversas que provoca en las sociedades convulsionadas de la periferia. Son otras clases las que se levantan contra las instituciones de propiedad de la tierra, de la Ley de Exvinculación, de la extraterritorialidad de las ciudades-puerto ocupadas, de la extraterritorialidad de las embajadas imperialistas.

Las contradicciones desatadas, convertidas en antagonismos, no son directamente contra el capital, sino contra las formas políticas y económicas que instaaura el capital en las lejanas tierras de la periferia. ¿Cómo nombrar a estas clases no proletarias? ¿Se encuentran en proceso de proletarización? No, de ninguna manera. Se enfrentan a instituciones neocoloniales, instituciones que refuerzan, paradójicamente, la expansión del capital. Tal expansión aleja a estas clases, que podemos llamar incluso comunidades, de su pasado. Las somete a una actualidad destructiva. Por eso ellas se resisten, se rebelan y se sublevan. Esta es la matriz de las luchas de liberación nacional. Estas luchas congregan

a conglomerados sociales en descomposición, afectados por la corrosión que provocan los diagramas de poder gamonal y colonial, los agenciamientos concretos de poder, las instituciones sostenidas al amparo de los Estados bárbaros, al servicio del sistema del mundo capitalista, de las instituciones de ocupación.

Estas rebeliones en la periferia capitalista constituyen otros sujetos. Las lecturas de mediados del siglo xx los relacionaron con el nacimiento de la conciencia nacional. Y es que a mediados del siglo xx se tenía otras realidades, se incorporó el proletariado a esas multitudes levantando banderas de liberación nacional. Las alianzas del proletariado con las otras clases explotadas, no sólo campesinas, construyó perfiles políticos de transición, perfiles de liberación nacional mezclados con proyectos socialistas. Por eso se utilizaba en aquellos discursos nacionalistas términos como 'alianza de clases', en el sentido de una dirección histórica, afectada por ideologías socialistas y hasta por discursos marxistas. Dichas alianzas se identificaban con un proyecto de futuro; en cambio, las alianzas, si las podemos llamar así, se identificaban con un pasado perdido, que quería ser recuperado. Ambas subversiones se dan en un mundo capitalista, en distintos tiempos de su evolución.

A fines del siglo xx y comienzos del siglo xxi se asiste a nuevas rebeliones e insurrecciones anticapitalistas, en otra etapa de los ciclos largos del capital. Como dice Negri, el proletariado profesional ha desaparecido, también el proletariado masa: aparece un proletariado nómada, articulado, en su sufrimiento y subversión, a otras clases en disolución. Negri, Hardt, Virno identifican al sujeto de estas rebeliones de fines de siglo y comienzos del nuevo como 'multitud'. ¿Desarrollando una mirada retrospectiva, estamos autorizados a hablar de una genealogía de la multitud en todo el siglo? Trataremos de responder a esta pregunta, no sólo desde una perspectiva teórica, sino también a la luz de la historia reciente y la historia larga, pasando por el ciclo mediano, la historia del siglo xx. Este tratamiento del problema nos puede ayudar a responder la pregunta sobre los alcances de las categorías 'proletariado' y 'multitud'. Nos puede permitir evaluar su conexión, su disociación y diferencia en el transcurso del tiempo social.

Genealogía de la multitud

No interesa tanto averiguar cuál concepto es más adecuado en la actualidad del capitalismo globalizado: 'proletariado' o 'multitud', para dar cuenta de las luchas sociales contra el capital. No se trata de saber cuál concepto tiene mayor correspondencia con la realidad, haciendo paráfrasis de Tarky. En primer lugar, habría que decir qué se entiende por realidad. Empero, no estamos en esa discusión. La realidad no deja de ser una totalización ideal, una construcción de la razón, como en el caso de naturaleza, como diría Kant. Estamos lejos de aceptar que la realidad es la absoluta exterioridad, pues esa realidad nombrada no deja de ser también una construcción, con todo lo que connota, sobre todo en el sentido creativo.

Volviendo al tema, 'proletariado' y 'multitud' son interpretaciones de procesos constitutivos de subjetividades alternativas a las formas de dominación del capital. Forman parte del lenguaje, de las prácticas discursivas, de las formaciones enunciativas; por lo tanto, forman parte de las articulaciones entre composiciones del lenguaje y composiciones no lingüísticas, composiciones sociales y subjetivas. Son también formas de relaciones entre instituciones del lenguaje e instituciones sociales; empero, también se trata de relaciones entre las líneas lingüísticas de fuga y líneas sociales de fuga. Sobre todo esto último importa cuando se trata de comprender los usos del concepto, la categoría, el término, la palabra 'multitud'.

La 'multitud' se opone a 'pueblo', como dice Paolo Virno; la 'multitud' no se opone al 'proletariado'; multitud y proletariado se complementan⁸¹. El proletariado deviene multitud. La multitud se opone al pueblo, de la misma manera que multitud se opone al Estado⁸². El pueblo es la base de legitimidad del Estado, es la voluntad general que delega su poder al soberano. En cambio, la multitud se niega a transferir el poder al soberano. Podríamos decir que la multitud constituye su propia autonomía. Es inmediatamente autónoma. Se constituye en voluntad inmediata, en voluntad colectiva, que se realiza en la acción

81. Paolo Virno, "Multitudes et classe ouvrière", entrevista con Maurizio Lazzarato, s/d.

82. Virno, 2003b.

multitudinaria. La multitud es aprensible y comprensible desde la condición de posibilidad epistemológica de campo configurante del acontecimiento. Acontecimiento entendido como devenir de múltiples singularidades. La multitud es un acontecimiento social y político.

Sin embargo, debemos cuidarnos de separar el concepto de los contextos donde emerge efectivamente la multitud o, más bien, las multitudes. La multitud adquiere significación histórica concreta cuando se toma en cuenta el perfil propio del acontecimiento social en cuestión. No se trata solamente de vincular la práctica discursiva a la práctica política, el discurso a la acción, sino de lograr una interpretación que sea posible en los horizontes de visibilidad que abre la acción misma. La acción y el conocimiento no están desligados de la praxis. No sólo hablamos de la praxis que construye el conocimiento, de la praxis de investigación, de la práctica teórica, sino que hablamos de la praxis política. El conocimiento, la comprensión, la interpretación y el análisis están íntimamente ligados a los efectos políticos; por lo tanto, a las prácticas que ocasionan esos efectos políticos.

Alguien dirá que lo anterior es una tesis marxista. Ciertamente, se parece. Sin embargo, habría que anotar que no se trata de la dialéctica. No se busca una síntesis entre teoría y práctica. No se trata de la unidad de la pluralidad, sino de la multiplicidad que no deviene unidad, porque se mantiene en el devenir de campos de intensidades, de la articulación de planos de consistencia. El acontecimiento como multiplicidad de singularidades exige un pensamiento, que, a su vez, es acontecimiento. La clave se encuentra en cómo se articulan los planos del lenguaje a los planos de los campos sociales. La clave está en cómo se forma una máquina de guerra. La multitud adquiere sentido como máquina de guerra.

La dinámica molecular de la multitud

No vamos a revisar la bibliografía que aborda el concepto de multitud. No vamos a revisar su nacimiento en los escritos de Nicolás Maquiavelo, y menos detenernos en la exorcización que hace Tomas Hobbes de la multitud, defendiendo desesperadamente el concepto de pueblo,

adecuado a la unificación del Estado. La filosofía de Baruch Spinoza aparece como matriz del concepto de multitud, sobre todo en lo que concierne al problema de la expresión, problema concomitante a la multiplicidad, a la singularidad y a la multitud⁸³. Sin embargo, tampoco vamos a detenernos en una exposición exhaustiva de la construcción de la multitud que hace Spinoza. Para los fines de este ensayo bastarán algunos apuntes.

Vamos a optar por circunscribirnos al ámbito las recuperaciones contemporáneas de la multitud, haciendo un breve recorrido por los ensayos y las clases de Gilles Deleuze sobre el tema. Retomaremos el trabajo de interpretación de Antonio Negri. En este camino, tenemos los despliegues analíticos de la multitud en dos polémicos libros de Michael Hardt y Antonio Negri; éstos son *Imperio*⁸⁴ y *Multitud*⁸⁵. Asimismo, nos abriremos a los aportes de Paolo Virno, sobre todo de su texto *Gramática de la multitud*. Ya señalados los marcos conceptuales, haremos una evaluación teórica y práctica de los usos del concepto 'multitud' en los trabajos del grupo Comuna, particularmente en los trabajos de Raúl Prada⁸⁶.

No podemos comenzar esta evaluación de la multitud sin antes plantearnos algunas hipótesis de trabajo. Quizás la más importante tiene que ver con la constitución histórica de la multitud, sobre todo con la forma. Esta forma de constitución de la multitud no sólo se diferencia de la forma de constitución del pueblo, que tiene que ver con la conformación de una voluntad general, así como con la construcción de la representación de la totalidad, de la sociedad, de los ciudadanos. También tiene que ver con el pacto de unidad: el contrato social, base de legitimidad sobre la que se sostiene la soberanía.

Ernesto Laclau habla de una construcción discursiva del pueblo, que pasa por el ámbito propiamente discursivo, el nivel de los significantes vacíos, que exceden en su desmesura los contenidos empíricos mediante

83. Véase Spinoza, 1977 y 1990. Revisar Deleuze, 1975 y 2005. Deleuze tiene otro ensayo: Spinoza: filosofía práctica (1991). Otro estudio importante sobre el poder y potencia en Spinoza es *La anomalía salvaje*, de Negri (1993). Del mismo autor se puede revisar *Spinoza subversivo* (2000).

84. Hardt y Negri, 2000.

85. Hardt y Negri, 2004.

86. Véase los textos del grupo Comuna citados anteriormente.

los cuales una demanda particular adquiere universalidad y hegemonía, interpretando y articulando el resto de las demandas en cuestión. La construcción de pueblo se da recurriendo también al desplazamiento retórico del discurso⁸⁷. Se puede entender esta construcción como la construcción de una identidad colectiva que pasa por la evolución concurrente de las demandas. La evolución de las demandas pasa por las peticiones, que se convierten en reclamos, los cuales devienen en demandas democráticas, adquiriendo una subjetividad más amplia al convertirse en demandas populares. Este desarrollo define una frontera interna, distingue pueblo de Estado, además de hacer posible la constitución del pueblo mediante una articulación equivalencial de las demandas.

La multitud vive otro proceso, diferente a la universalización del pueblo, distinta a la hegemonía de la demanda que interpreta a las demás. La multitud no se hace posible mediante la articulación equivalencial de las demandas, una especie de combinatoria de éstas. La multitud aparece como un acontecimiento de singularidades, singularidades irreductibles, por lo tanto resistentes a la equivalencia y a la generalización. La multitud no es una construcción de una identidad; más bien se manifiesta como un devenir de identidades, un magma de significaciones. Las singularidades no desaparecen, aunque dialogan, establecen alianzas; formando consensos, sí, pero como en un mapa cambiante de alianzas y acuerdos, de objetivos y postulados. No es que hay algo en común, como un sentido común, sino que la comunidad, como existencia plural, padece, se conmueve, es afectada por la acción que desencadena, la rebelión que hace emerger de sus entrañas, la insurrección que expande atravesando los espacios del poder. La multitud es un campo configurante cambiante. La política es vivida por la multitud como conflicto social.

En el Retorno de la Bolivia plebeya se trabajó para el análisis de la guerra del agua (abril de 2000) en una hermenéutica de la violencia, que se puso como tarea deshilar el acontecimiento por medio de las singularidades que lo componían. En el texto se escribió lo siguiente:

87. Laclau, 2005.

El acontecimiento está constituido por singularidades, estas singularidades se distribuyen y dispersan dibujando el perfil circunstancial con la masa aleatoria de los hechos. Las singularidades tienden a converger hacia un punto de saturación y de diferenciación, a partir del cual se pasa a conformar otro acontecimiento. El acontecimiento se remite a sus dos modos de acontecer, evidentemente en la figura de acontecimientos concretos, delimitados y temporalizados, pero también en la prefiguración de acontecimiento puro, de acontecimiento en su condición trascendental. Pervivencia del acontecimiento más allá del espacio y del tiempo⁸⁸.

El acontecimiento en su condición trascendental es un a priori, es el acontecimiento puro, como tal, como posibilidad. Empero, este a priori no se encuentra en el nacimiento; aunque señale el origen, se encuentra paradójicamente en la emergencia actualizada del acontecimiento, en el presente. Pero en un presente pensado como ruptura, como dislocación. ¿Podríamos decir que esta condición trascendental del acontecimiento es el sentido? ¿Qué hay de la multitud como acontecimiento social compuesto por múltiples singularidades sociales, políticas, culturales y subjetivas? La multitud es la condición subjetiva del acontecimiento. Obviamente, no como conciencia histórica sino más bien como potencia social, como poder de los cuerpos plurales, motivados por afectos, pasiones, deseos, razones. Podemos hablar entonces de la multitud como autonomías de lo colectivo respecto a las formas de poder enajenadas; por ejemplo, el Estado y las instituciones. La multitud como perspectiva de las sociedades sin Estado.

Para comprender la producción del acontecimiento, para comprender la praxis de la multitud, es menester comprender la irreductibilidad de las singularidades. En el texto mencionado se dice: "lo que se opone a la forma de lo personal, lo general y lo individual es la idea de singularidades, que deben ser tomadas en su pluralidad como antigerencialidades, que son impersonales y preindividuales. La idea de

88. En El retorno de la Bolivia plebeya (García Linera, Gutiérrez, Prada Alcoreza y Tapia, 2000) revisar "Hermenéutica de la violencia", de Prada Alcoreza, pp. 94 y 95.

singularidades nos permite abordar la multiplicidad del acontecimiento, tanto en su campo de dominio como en su potencia genética⁸⁹”.

Las singularidades no pueden generalizarse, son irreductibles, son impersonales y preindividuales. Las singularidades pueden ser concebidas según otro horizonte distinto a la universalidad; este horizonte es el relativo al espesor de las multiplicidades, espesor que puede ser visualizado, palmado, conmensurado en el flujo de las temporalidades, como devenir de multiplicidades. La multitud está conformada por multiplicidad de singularidades, las cuales aparecen en sus formas concretas organizativas, grupales, redes comunitarias, filiações y alianzas, fragmentos geográficos de clase, fragmentos y flujos de la proletarización en los contextos determinados por los ciclos históricos del capital. La multitud se compone por emplazamientos, desplazamientos y reemplazamientos de subjetividades, que aparecen como formas de reconocimiento, formas del lenguaje, escrituras agramáticas de los cuerpos. La multitud es un desplazamiento espacio-temporal y subjetivo de flujos y movimientos de cuerpos, motivados por afectos, deseos, pasiones, razones y proyectos políticos, inherentes a la naturaleza de los problemas asumidos, de las demandas expresadas, de las formas políticas inventadas por la revuelta de lo colectivo.

En el mismo texto citado si dice, a propósito de la esencia del acontecimiento:

No es fácil captar el acontecimiento de la batalla, ella transcurre por encima del combatiente; éste sólo ve sus actos particulares, pero no capta la verdad eterna del acontecimiento. Hace falta una larga conquista para llegar a este más allá del valor y la cobardía, hace falta encontrar la capacidad trascendental para captar lo puro de la batalla, encontrar esta facultad que es una intuición volitiva. No hablamos, como se ve, de una intuición sensible, de una intuición intelectual y de una intuición imaginativa, como es el caso de los enunciados críticos de Kant, sino de una voluntad inmanente al acontecimiento⁹⁰.

89. Op. cit., p. 98.

90. Op cit., pp. 98 y 99.

¿Se habla acaso de la intuición de la multitud al hablar de la intuición volitiva? Para afirmar esto habría que concebir antes una voluntad de la multitud. ¿Cómo podríamos hablar de la voluntad de la multitud cuando nos referimos a una multiplicidad? En todo caso, tendríamos que hablar de multiplicidad de voluntades. Sin embargo, en el texto mencionado no se habla de intuición de la multitud, sino de intuición del acontecimiento, intuición volitiva, que puede llegar a tenerla el combatiente herido de muerte, que, a decir de Deleuze, “no es ni cobarde ni valiente, que ya no puede ser ni vencedor ni vencido, completamente más allá, sosteniéndose allí donde se sostiene el acontecimiento, participando allí de su terrible impasibilidad”⁹¹. La intuición volitiva es la síntesis de voluntades que desean la realización de un campo de posibilidades, que definen horizontes de futuro. Se trata de un conocimiento desiderativo. Y a partir de este horizonte de visibilidad se comprende el presente y el pasado, se le da sentido a lo que ocurre en el ahora, se rescata el sentido inmanente del acontecimiento.

Se ha dicho que la intuición volitiva puede abarcar los horizontes problemáticos del acontecimiento, pero lo hace a la vez como intuición trascendental, evidentemente no sensible; es decir, no relativa a la forma pura del espacio y el tiempo, sino como una intuición relativa a la voluntad trascendental. Voluntad pura no mediada por la experiencia, voluntad originaria, anterior a toda voluntad empírica. En otras palabras, condición de posibilidad de la acción misma, condición que da forma a nuestros impulsos, a nuestros anhelos, querencias y deseos. Les da lugar, les da un paraje, las cobija, como convirtiéndose en morada. La voluntad es el territorio de los impulsos, los instintos, los anhelos, las querencias y los deseos; es un territorio que cobra vida precisamente al cobijar estas pasiones, adquiere perfiles circunstanciales en forma de síntesis coyunturales. La intuición volitiva es como un acontecimiento anticipado, que se adelanta al devenir, preforma las acciones transformadoras del mundo. Mediante esta actividad volitiva se capta el mundo tal como debería ser y a partir de esta prefiguración se vislumbra el mundo tal como es o, por lo menos, tal como parece ser. El mundo tal como debería ser es el futuro, el mundo tal como

91. Deleuze, 1989, p. 118.

es tiene que ver el pasado, el presente es el acontecimiento, cuando actuamos gobernando las cosas, iluminándolas, sacándolas de las profundidades donde se encuentran atrapadas. En el acontecimiento actuamos y movilizamos las cosas, les damos vida, las hacemos presente⁹².

En el texto en cuestión se hace perceptible el acontecimiento mediante la intuición volitiva, intuición íntimamente ligada a las motivaciones desencadenadas por la acción de la multitud. Por lo tanto, la multitud no solamente es concebida como acontecimiento social y político, sino también, y sobre todo, como el sujeto primordial de la intuición volitiva.

Ahora, lo que importa es saber cómo se ha formado el concepto de multitud en la experiencia histórica concreta, cómo se ha formado en la vivencia de los eventos desatados por los movimientos sociales en la historia reciente de Bolivia.

La multitud en los movimientos sociales

La forma en la que aparecen los movimientos sociales al comenzar el siglo ^{xxi} es novedosa por su composición social, por su forma de organización, por su gestación en las asambleas de base, por sus localismos, sectorialismos, gremialismos, comunitarismos, que terminan gestando sus propias alianzas, expandiendo los alcances de las movilizaciones. El perfil plural de las movilizaciones hace a los movimientos sociales compuestos de multiplicidades y singularidades que tienden a manifestar sus propias autonomías. En la guerra del agua emerge la multitud con su propia criatura: la Coordinadora del Agua y de la Vida. Ésta supone la coordinación de todos los sectores alzados contra la privatización del agua, desde los campesinos hasta los profesionales, pasando por los ejes articuladores de la movilización antiglobalizadora: los regantes y los fabriles, como también por las juntas de vecinos y los “guerreros del agua”, jóvenes estigmatizados por la sociedad que se convierten en los héroes de aquella guerra. En El retorno de la Bolivia plebeya se describe estas circunstancias del siguiente modo:

92. Prada Alcoreza, op. cit., pp. 99 y 100.

Los guerreros del agua dejaron en suspenso los engranajes del Estado, su forma gubernamental fue vencida, la disponibilidad de decir, así como la decisión de los dispositivos políticos quedaron conculcados por la fuerza de la masa. La iniciativa de la acción quedó en manos de la multitud abigarrada que tomó las plazas y las calles, sitió también los cuarteles, asediando con la elocuencia popular de las piedras las vetustas fortalezas de un orden decadente⁹³.

En este caso, la multitud no es meramente una construcción teórica, sino que viene a ser una emergencia que se hace visible. Se trata de la emergencia de los cuerpos afectados por el neoliberalismo, las políticas de privatización, los procesos de globalización, las formas recurrentes del capitalismo contemporáneo; el cuarto ciclo del capitalismo, según Giovanni Arrighi; etapa del capitalismo desterritorializado, según Antonio Negri; la restauración prolongada de las herencias coloniales, de acuerdo a las interpretaciones de Comuna. La multitud viene a ser una configuración desde la perspectiva de la agitación de los cuerpos, su convulsión e irradiación política. La multitud se construye con las nociones comunes que devienen de la experiencia y de las prácticas. Esta configuración está íntimamente ligada al poder de los cuerpos, a lo que ellos pueden, a su potencia.

Esta construcción inductiva nos retrotrae a las tesis ontológicas, epistemológicas y éticas de Baruch Spinoza. Este filósofo crítico también desarrolla dos tipos de construcciones conceptuales: una línea deducida de la razón, la otra inducida desde la práctica⁹⁴. En el primer caso, estamos ante una crítica de la filosofía racionalista de Descartes, crítica combinada con tradiciones naturalistas del Renacimiento. En el segundo caso, estamos ante una ruptura de Spinoza con la tradición filosófica, cambiando radicalmente la perspectiva del análisis, llevándonos a la inmanencia del cuerpo. Por lo tanto, podemos deducir dos epistemologías en la evolución de Spinoza. La referencia a este filósofo exuberante, expulsado del reino español y de la sinagoga, no es casual, no sólo por el uso del concepto de multitud, remontándonos a una genealogía del concepto, sino sobre todo por el método, que deja de ser meramente geométrico para llegar a ser práctico. Michael Hardt dice al respecto:

93. Op. cit., pp. 89 y 90.

94. Revisar Hardt, 2004.

La piedra de la revolución que produjo Spinoza en la epistemología es su concepción del rol de la noción común entendida como el vínculo entre la imaginación y la razón. Spinoza desmitifica la razón. En el argumento especulativo de la Parte II (de la Ética), Spinoza define la razón en un estilo cartesiano, matemático. La razón era un sistema dado de verdad necesaria, de modo que la producción de la razón era completamente oscura. Por lo tanto, el primer género de conocimiento (imaginación, opinión y revelación), la fuente del error, no podía desempeñar ninguna función positiva en un proyecto de busca de la verdad; la única estrategia podía ser su negación. Ahora bien, en el proyecto práctico del pensamiento de Spinoza hallamos una importante distinción entre las diferentes formas del primer género de conocimiento y una valoración de la imaginación. La imaginación suministra una indicación real (aunque fluctuante y contingente) del estado de los cuerpos y las relaciones que están presentes. La noción común interviene con la capacidad de hacer que la imaginación sea permanente y necesaria: la combinación no niega la imaginación, sino que en cambio la lleva al plano de la razón⁹⁵.

No nos olvidemos que Spinoza distingue tres géneros de conocimiento. El primer género consiste en la imaginación, la opinión y la revelación; el segundo género es la razón y el tercer género, la intuición. El primer género es la fuente del error, pero también, como se ve, la matriz de los otros géneros de conocimiento. Esto último es importante, pues cuando leemos a Negri, Hardt y Virno, el manejo que hacen de la categoría multitud parece responder a tres consideraciones. La primera consideración tiene que ver con la herencia teórica del Renacimiento, rescatada en plena clausura del siglo XX, el crepúsculo de la modernidad, y en el contexto del nacimiento del siglo XXI, que apunta al horizonte de una nueva época.

La segunda consideración tiene que ver con que el uso de la categoría de multitud parece responder a una adecuación conceptual, adecuación que responde a un nuevo perfil histórico de la subsunción del trabajo al capital. Este nuevo perfil expresa la diseminación del proletariado masa, del proletariado uniformizado, que trabaja en las grandes usinas. La adecuación teórica responde entonces a las actuales condiciones del

95. Op. cit., p. 200.

proletariado nómada, versión posmoderna de la explotación capitalista contemporánea.

La tercera consideración tiene que ver con que la multitud no deja de formar parte de la nueva formación discursiva marxista, en polémica con el marxismo modernista del siglo xx. Estas tres consideraciones no toman en cuenta el sentido práctico, desarrollado por Spinoza en *Ética*⁹⁶, retomada por la crítica de la filosofía, asumida en las subversiones teóricas del materialismo aleatorio⁹⁷. Desde esta otra perspectiva, que podríamos llamar una epistemología práctica, la multitud viene a ser también, y sobre todo, una figuración, una configuración y una reconfiguración según la experiencia de las luchas sociales antiglobalizadoras, anticapitalistas y anticoloniales. Forma parte del imaginario social de los movimientos sociales.

El perfil de la multitud durante la guerra del agua aparece en la bullente explosión de rebeliones, que atraviesan la ciudad de Cochabamba, los valles y la zona del Chapare, llegando a la cordillera y la puna cochabambina, de donde bajan contingentes campesinos sindicalizados y ayllus. En El retorno de la Bolivia plebeya se recoge así esta configuración:

La Coordinadora del Agua emerge del esfuerzo multitudinario de los poderes locales dispersos en la geografía de la urbe y en el mapa de las territorialidades concretas del valle. Se trata en realidad de una red de alianzas de diferentes estratos de una sociedad abigarrada. Lo que los une es la lucha por el control del agua, que en el fondo es una lucha por la reproducción social, por el destino de la vida social. Se encuentran articulados en la Coordinadora característicos sectores como los regantes, distribuidores del agua, que controlan pozos locales, las juntas de vecinos, los fabriles, los maestros urbanos y rurales, asociaciones civiles, agrupaciones de profesionales, movimientos de jóvenes. Los combatientes de la Coordinadora se llaman a sí mismos como los guerreros del agua⁹⁸.

96. Spinoza, 1977.

97. Es el título de un libro póstumo de Luis Althusser. También se puede revisar Badiou, 2002.

98. García Linera, Gutiérrez, Prada Alcoveza y Tapia, 2000: 90.

Como se puede ver, la multitud viene a ser la emergencia de una matriz de redes y estrategias sociales. Podríamos decir, haciendo paráfrasis al título de un libro, que la multitud se construye por la subversión de la práctica⁹⁹. La mayoría de la población, la mayor parte de la sociedad entra en contradicción con el modelo de privatizaciones. La gota que rebalsa el vaso es el intento desmedido de privatizar el agua con altos precios, pues es este un elemento vital para la reproducción de la vida. Es cuando la contradicción se convierte en abierto antagonismo con las políticas del gobierno neoliberal. Estas contradicciones abarcan no solamente al proletariado fabril, sino también a amplios sectores de la población no obrera. Si bien el sindicato fabril sirve de catalizador de la lucha, de articulador de la Coordinadora del Agua y de sujeto de la convocatoria, la incorporación de otros estratos de la sociedad, la gestación del movimiento en organizaciones territoriales, las alianzas suscitadas y consolidadas en asambleas y cabildos muestran la complejidad del conglomerado social levantado. Esta articulación de diferencias, esta composición de singularidades hacen al contenido de la multitud.

La multitud, en su momento de emergencia, en su momento de constitución, supone un orden de relaciones. En el caso de la guerra del agua, tendríamos que hablar de un orden de relaciones en torno al líquido elemento. A las preguntas sobre cuál es este orden de relaciones y en qué síntesis histórica cristaliza la significación social del agua, se respondió con cinco proposiciones en el texto que citamos. En primer lugar, se trata de una red de consumo y de distribución. En segundo lugar, se trata de un mapa de fuerzas que disputan el control del agua, buscando direccionalizar su uso, su posesión, sus finalidades, así como sus recorridos. En tercer lugar, se trata de una nueva forma emergente de organización de la movilización y representación social. En cuarto lugar, se trata de la abolición de la significación social del estado de cosas globalizado por vía de la privatización. En quinto lugar, se trata del horizonte utópico que avizora la creatividad de la acción de la multitud¹⁰⁰.

99. Véase Prada Alcoreza, 1986.

100. García Linera, Gutiérrez, Prada Alcoreza y Tapia, 2000 pp. 91 y 92.

Las jornadas de abril de 2000 son visualizadas como un armazón conformado en distintos planos de la realidad: el plano expandido por el consumo, el mapa intenso de las fuerzas, las estructuras de las organizaciones, la resignificación de las cosas y los hechos, además del horizonte utópico abierto.

Es que la guerra por el agua no podría ser evaluada en su múltiple dimensionalidad sino a partir de la demanda de su consumo, la distribución y concentración de las fuerzas intervinientes, la movilidad y el carácter de las organizaciones, la lucha por el sentido y la legitimación social, así como el valor histórico de la apertura hacia las posibilidades de futuro. Ocurre también como si todos estos planos de realidad se cruzaran y dieran lugar a una interpretación mayúscula, a un entrelazamiento abigarrado de alta intensidad. Se concentra la multitud y es como si se evocara el espíritu de la comunidad, se concentra la temporalidad y es como si la historia diera un salto a otro escenario que sale del campo de lo cotidiano, se concentran las voluntades y es como si se amplificaran las potencialidades de la masa social incandescente. La guerra por el agua rememora antiguas luchas, pero también convoca a su fantasma, que llega del porvenir como promesa¹⁰¹.

La guerra del agua define las matrices sociales de la rebelión que durante seis años consecutivos van a sostener los movimientos sociales, desde abril de 2000 hasta mayo y junio de 2005. La rebelión social tiene su propio itinerario, con sus altas y sus bajas, con sus flujos y reflujos, comprende hitos importantes en la construcción de la memoria corta de esta historia reciente. Recordemos:

El bloqueo de caminos de septiembre de 2000; la marcha indígena por la Asamblea Constituyente de 2002; las elecciones generales de ese mismo año; el motín policial de febrero de 2003, el subsiguiente desborde de muchedumbre en las ciudades de La Paz y El Alto; la guerra del gas de octubre del 2003, la consiguiente renuncia del presidente Sánchez de Lozada y el colapso de su Gobierno, la primera transición política; la movilización nacional de mayo y junio de 2005, que impidió que se materializara la conspiración conservadora que buscaba restaurar el orden perdido de los partidos tradicionales neoliberales; la segunda

101. Op. cit., p. 93.

transición, la sustitución constitucional del presidente de la Corte Suprema de Justicia y la salida electoral a la crisis política.

Estos hitos son como cumbres en los recorridos de los movimientos sociales, y vienen acompañados por otros desplazamientos menos intensos, menos extensos, quizás más locales o, en su caso, más sectoriales, como pequeños montículos en el ciclo de la rebelión: la continuidad abrumadora de las marchas cocaleras, que comenzaron antes de 2000 y que tienen su propia ruta; las marchas cíclicas de los maestros por aumentos salariales y otras reivindicaciones gremiales, además de su oposición a la Reforma Educativa, repetidas insistentemente cada año y siguiendo también su propio derrotero; las sucesivas marchas de los y las prestatarias de instituciones financieras, que en algún momento tuvieron desenlace dramático con la toma de la Superintendencia de Bancos por parte de aguerridas dirigentes; la marcha de los jubilados, ancianos y ancianas que reclamaban por sus jubilaciones en contra de la privatización de los seguros sociales; las marchas de la llamada "generación sándwich"(ex trabajadores que se encontraron sin normativa legal que los amparara, sin poderse atener ni al antiguo ni al nuevo sistema de pensiones); el bloqueo de caminos de los cooperativistas mineros, que reaparecieron después de febrero de 2003 ataviados de la típica indumentaria del legendario proletariado minero, con guardatojos, chamarras de cuero y dinamita en mano; las marchas de la COB, desde la mina Caracoles a la sede de gobierno; la lucha de los estudiantes de la ciudad de El Alto por su universidad pública.

En la metáfora montañesa que hemos elegido para trazar el recorrido de los movimientos sociales tenemos también quebradas y valles: los reflujos de los movimientos sociales. Un lapso corto, empero problemático, que se da poco tiempo después de las elecciones de 2002, cuando se comienza a plantear diferencias agudas entre direcciones y bases, instrumentos políticos y movimientos sociales; un lapso largo, que dura como dos años, desde la transición de Carlos Mesa, cuando los movimientos sociales remontan momentos críticos y tiene lugar el referéndum sobre los hidrocarburos; fue este un periodo notablemente problemático debido a la marcada distancia entre el instrumento político y los movimientos sociales.

Si se toma distancia de estos hechos para echar sobre ellos una mirada retrospectiva, podríamos decir que el despliegue de la potencia social se desarrolla permanentemente, de manera compleja y contradictoria, pero manteniendo la evolución sostenida de la sublevación. Se logra ascender a la cúspide de la movilización nacional en mayo y junio de 2005, cuando el bloqueo de caminos y el sitio a las urbes se ampliaron hacia la ciudad de Santa Cruz. Fueron esta urbe y su entorno rural la línea más intensa de los enfrentamientos. Con la expansión, el desenlace fue posible en la ciudad de Sucre.

Los poderes entraron en juego: las maniobras del Congreso, del Ejecutivo, de los comités cívicos, de los medios de comunicación y de las empresas transnacionales, en contraposición con los movimientos sociales. En Sucre se reunió el Congreso para sesionar y buscar una sustitución constitucional en la persona del resistido presidente del Congreso, previendo el estado de sitio y la represión para liquidar a los movimientos sociales.

Una vez llegados los parlamentarios a la ciudad de Sucre, el movimiento social, trasladado a la capital de la República, emboscó a los congresistas, tendiéndoles lo que se vino en llamar un “corralito”. Al Congreso no le quedó otra cosa que renunciar a su conspiración y reconocer en los hechos su situación insostenible. Tuvo que avalar otra salida constitucional que no estaba en sus planes y habilitar el adelanto de las elecciones nacionales.

Después de esa derrota de la “santa alianza” conservadora (oligarquía, cívicos, parlamentarios y transnacionales), el Congreso volvió a sesionar en la sede de gobierno. Ya en La Paz, después de largas sesiones, se logró concertar un acuerdo político, consistente en juntar las llamadas dos agendas: la agenda de octubre de 2003, que corresponde a los movimientos sociales, y la agenda de enero de 2005, que corresponde al Comité Cívico de Santa Cruz. En su diseño estratégico, la agenda de octubre se proponía la nacionalización de los hidrocarburos y la convocatoria a la Asamblea Constituyente. La agenda del Comité Cívico se planteaba un referéndum autonómico y la elección de prefectos. El acuerdo político dio luz verde a las elecciones nacionales y de prefectos para diciembre de 2005, y la convocatoria a la Asamblea Constituyente

y el referéndum autonómico, para julio de 2006. Las elecciones se efectuaron el 18 de diciembre, después de una perturbadora pelea por los escaños departamentales en el Congreso, que tenía por objetivo la postergación de las elecciones. La victoria contundente, por mayoría absoluta, del Movimiento al Socialismo (MAS) en las elecciones nacionales traza un nuevo escenario político. La derrota electoral de los sectores conservadores coloca en una situación vulnerable a la derecha, por lo menos la deja con la dificultad de mantener la legitimidad respecto de sus caros objetivos: continuar con el modelo neoliberal y lograr los llamados gobiernos autonómicos.

En este contexto político y social, y con la gama de coyunturas sucesivas, sus desenlaces y las aperturas a nuevos horizontes políticos, la victoria del MAS no podría explicarse sin ese impresionante tejido alterativo de la movilización social. Las condiciones de la victoria política se forjaron en los intensos escenarios de los movimientos sociales. El paso raudo de las distintas coyunturas, vertiginosamente empujadas por la turbulencia social y política, mostró nuevos horizontes de visibilidad.

En este tiempo de luchas sociales se construye un intelecto general, se constituyen nuevos sujetos sociales, modificando la mentalidad de las masas, destruyendo valores y prejuicios heredados para construir nuevos valores que son la base de la autovaloración de indígenas, mestizos y trabajadores. La victoria electoral, pues, es un hecho político construido por la subversión social.

Volvamos a la construcción práctica de la multitud por medio de la experiencia boliviana. La multitud se constituye en abril de 2000, en plena guerra del agua. Antes no existía. La multitud es un arte de organización, y mediante este logro se marcha hacia una combinación política que aumente la fuerza de los cuerpos. No debemos olvidar que para pensar realmente en términos de poder se debe plantear la cuestión en términos de cuerpo¹⁰². Todo lo que el cuerpo puede hacer puede pensarse también en sentido del derecho natural¹⁰³. Desde esta perspectiva, la ley de la naturaleza ya no se refiere a una perfección final, sino al deseo inicial, al

102. Ver Deleuze, 1975.

103. Op. cit.

apetito más fuerte¹⁰⁴. Las auténticas leyes naturales son normas de poder, no reglas de deber¹⁰⁵. La expresión del poder libre de cualquier orden moral es el principio ético de la sociedad¹⁰⁶. A propósito de esta ética de la multitud, Gilles Deleuze dice: “ir al extremo de lo que uno puede hacer [aller jusqu’au bout de ce qu’on peut] es la tarea propiamente ética.” Éste es el momento en que la Ética toma el cuerpo como modelo, pues todo cuerpo extiende su poder tan lejos como puede hacerlo. En cierto sentido, todo ser, cada momento, va hasta el extremo de lo que puede hacer¹⁰⁷.

En la organización de los encuentros sociales, adecuados a los cuerpos, que atentan contra las relaciones útiles y componibles, mediante este arte de organizar los encuentros, se produce el paso del derecho natural al derecho civil. El derecho civil no niega al derecho natural, ni se produce ninguna síntesis dialéctica entre ambos de tal modo que se conserve y supere la contradicción. No se trata de una concepción dialéctica, que en realidad conserva y restaura lo negado. Al contrario, el derecho civil preserva e intensifica el derecho natural, de la misma manera que la razón fortifica la imaginación¹⁰⁸.

Concurre en este proceso la transformación de la multiplicidad en multitud¹⁰⁹. La multitud, en tanto acontecimiento social, se encuentra abierta al antagonismo y al conflicto; en su dinámica molecular produce un aumento de poder que alcanza un plano de composición¹¹⁰. En este planomeno, que es el mismo campo de consistencia o de composición en el que se mueve la multitud, la normatividad social se convierte en derecho civil, el campo de intensidades adquiere expresión histórica. Michael Hardt dice que la multitud es la multiplicidad que se ha hecho fuerte¹¹¹. Nosotros podemos decir que es la potencia social que se ha realizado como ética y como política. Los vínculos sociales se han transformado, los viejos valores han sido destruidos y se han creado otros

104. Op. cit.

105. Op. cit.

106. Michael Hardt, 2004, p. 208.

107. Deleuze, op. cit.

108. Michael Hardt, op. cit., p. 209.

109. Al respecto, revisar Negri, 1993

110. Revisar Prada Alcoreza, 2005.

111. Michael Hardt. 2004 p. 209.

nuevos, la cohesión social adquiere dimensiones expansivas y niveles de empatía que no podían lograrse antes, en las condiciones de una multiplicidad aterida. En estas condiciones, el gobierno de la multitud es la democracia.

Al respecto, debemos definir que se trata de la democracia radical, para que no se confunda esta afirmación con una apología de la democracia representativa, delegativa y formal, que no es más que la simulación burocrática e institucional de la democracia. La democracia, para Spinoza, es el gobierno absoluto de la multitud. Spinoza dice que “este derecho, definido por el poder de la multitud, se llama generalmente Estado. Y es absolutamente controlado por quien, a través del consenso común, maneja los asuntos de la república [...] Si este cargo corresponde a un concilio compuesto por la multitud general, el Estado se llama entonces democracia”¹¹².

Clase obrera y multitud

Durante el periodo neoliberal dominante, de 1985 a 2000, las resistencias dispersas no constituyen una multitud, pues se trata de resistencias locales, sectoriales y gremiales, afincadas en organizaciones que no terminan de formar redes, tejidos y entramados sociales. En gran parte, estas organizaciones son la fragmentación de lo que fue la centralidad proletaria minera y su entorno, centralidad e irradiación conformada y expandida a lo largo de la historia sindical. Podemos fechar la historia concentrada del sindicalismo en Bolivia desde las postrimerías de la Guerra del Chaco hasta los días del hundimiento de la Unidad Democrática y Popular (UDP), cuando se derrumba la hegemonía y la dirección de la COB, para llegar a ser después de esta caída, hasta nuestros días, tan sólo una organización que agrupa a una minoría de los obreros sindicalizados, además de los maestros, gremialistas y campesinos.

La extensa mayoría de los trabajadores no se encuentra sindicalizada, está más bien en un proceso de reproletarización. En las condiciones del retorno tardío a un capitalismo salvaje, en pleno

112. Baruch Spinoza. 1990, p. 17.

proceso de globalización, se trata de un proletariado nómada, que se mueve al margen de los congresos de la COB y está en los umbrales del sindicalismo debido a las circunstancias de la flexibilización laboral. La COB no se preocupó de organizarlos, menos de sindicalizarlos. Pero hubo otras iniciativas, como la de los fabriles de Cochabamba, para organizar sindicatos de trabajadoras que trabajan a destajo para empresas subcontratistas. Y es que desde 1985 hasta nuestros días el sindicalismo obrero vive en crisis: achicamiento y pérdida de convocatoria de la COB, desvalorización de su papel durante las crisis económicas provocadas por las políticas neoliberales de privatización y de ajuste estructural, achicamiento del Estado, reformas estatales, reformas políticas como la Ley de Participación Popular y la Reforma Educativa, funcionales a la globalización.

Por su lado, la crisis de la República se hace patente cuando estallan las rebeliones sociales a partir de abril de 2000. En seis años de luchas sociales, desde la guerra del agua hasta la segunda guerra del gas (mayo y junio de 2005), la participación de la COB es colateral. La otrora gloriosa central de los trabajadores de Bolivia no su brillo. Sus años heroicos quedaron en los anales de la historia.

La historia del sindicalismo obrero tiene un recorrido conmovedor: la constitución de la Federación de Fabriles, en 1946; la fundación de la COB, en 1952, acompañada por el clamor inmediato de la Revolución Nacional; la lucha obrera contra la decadencia de la Revolución, que, en antagonismo abierto, desencadenó un enfrentamiento con los militares en las pampas de Sora Sora, en 1963; la participación abierta de la COB en la conformación de la Asamblea Popular. Todo esto quedó en la memoria. No se ha vuelto a actualizar.

Podemos hablar también de una historia larga del sindicalismo boliviano. Guillermo Lora, en su *Historia del movimiento obrero boliviano*, la describe desde 1848¹¹³. Desde esa perspectiva, los antecedentes del sindicalismo boliviano se encuentran en los gremios artesanales que se forman o se organizan, dependiendo del caso, si son nuevos o si son una herencia modificada de las organizaciones gremiales

113. Lora, 1967, 1969, 1970 y 1980.

de la Colonia. Aquella etapa se caracteriza por estar condicionada a relaciones precapitalistas de producción; por eso su carácter medieval, feudal y colonial. El sindicalismo propiamente dicho comienza después de la Guerra Federal, cuando se instaura el régimen liberal. Lora dice al respecto:

La historia contemporánea del movimiento obrero boliviano presenta dos etapas claramente definidas. En la primera época, que va desde 1920, predomina la marcha ascendente de la feudal-burguesía, representada primordialmente por el liberalismo, hacia el monopolio del poder político. Luego vienen los esfuerzos desplegados por la clase obrera en sentido de lograr su independencia, organizarse e inspirar su actuación en sus propios intereses¹¹⁴.

Parte de este proceso viene impregnada por formas de organización tales como las mutuales y las cooperativas; los sindicatos van a aparecer como formas de organización de la clase obrera en las condiciones del desarrollo capitalista desigual y combinado.

Estado y nomadismo

La soberanía política aparece con dos rostros: uno de ellos es la del emperador terrible y mago, el segundo es la del rey sacerdote y jurista. El primer rostro pertenece a un cuerpo que procede por captura, lazos, nudos y redes. El segundo rostro pertenece a un cuerpo que procede por tratados, pactos y contratos¹¹⁵. Los dos rostros, los dos cuerpos no están separados. Uno de ellos no tiene la exclusividad de los signos y el otro el de las herramientas. El déspota atroz ya es amo de las grandes obras, en tanto que el soberano sabio conquista y transforma todo el régimen de signos. La combinación de ambos rostros y de ambos cuerpos, la combinación de signos y herramientas conforma el rasgo diferencial de la soberanía política. Podemos llamar a esto “complementariedad del Estado”¹¹⁶.

114. Op. cit. tomo II, p. 11.

115. Revisar Deleuze y Guattari, 2000, particularmente el capítulo “Aparato de captura”.

116. Op. cit., p. 434.

La guerra tiene otro origen, forma parte del saber práctico de los nómadas. Por eso la guerra, en sus orígenes, es exterior al Estado. Empero, la guerra establece con el Estado una relación perversa. La guerra media entre los dos cuerpos del Estado, permite el paso de un rostro a otro, de un cuerpo a otro, produciendo una sucesión. Pasamos del emperador terrible y mago al rey sabio mediante la captura de los guerreros.

Gilles Deleuze y Félix Guattari dicen que no hay que confundir esta mediación de la guerra entre los dos polos con ninguna casualidad. La máquina de guerra no explica nada, es exterior al Estado, se dirige contra el Estado, lucha contra esta soberanía política. Tiene, en cambio, otra legitimidad. La máquina de guerra puede ya estar atrapada, formar parte del Estado, pero encastrada, recortada y subordinada. En todo caso, si interviene en el desarrollo del Estado, lo hace articulándose con otros factores, en un juego de condiciones y determinantes. Si ocurre una evolución del Estado, es menester que el polo jurídico tenga resonancia con el polo heurístico, que haya conjunción y complementariedad entre signos y herramientas. El segundo polo recarga al primer polo. De este modo, el Estado tiene una unidad de composición; ésta es su medio de interioridad. Hay unidad de composición a pesar de todas las diferencias de organización y desarrollo¹¹⁷.

Se puede, pues, definir al Estado como un aparato de captura; la captura aparece como captura mágica, en el proceso descrito de la complementariedad de los dos polos y la mediación de la máquina de guerra o, más bien, en la exterioridad de este flujo inmanente de la acción. La captura mágica muestra que ésta ya fue hecha. El Estado supone ya tal captura.

Se trata de la captura de los nómadas y de los territorios, la captura de los animales y de las tierras, la captura de las plantas y de los flujos de agua, la captura de los recursos y sus potencias. La relación del medio de interioridad del Estado, de su unidad de composición con la exterioridad —quizás sea mejor decir con el afuera salvaje— es de expansión y también de colonización. El asentamiento de la ley y de las instituciones se produce una vez que ha sido capturado y cooptado el entorno. La

117. Op. cit. p. 435.

periferia sin ley y sin instituciones, o con otras leyes y otras instituciones. La construcción de una centralidad y también de una jerarquía forma parte de la evolución del Estado.

En Bolivia, el problema del Estado puede enriquecerse con esta mirada genealógica, que escapa de las rejillas de la ciencia política, aunque también de la antropología política y de la historia. No se trata de pensar el Estado según la evolución de las sociedades, según determinadas condiciones históricas de posibilidad, como la escritura, la sedentarización, las clases sociales, alguna base tecnológica, el comercio. Se trata de comprender que el nacimiento de los Estados es tan antiguo como el nacimiento de las sociedades mismas, sobre todo si se piensa en las sociedades nómadas, las que Pierre Clastres llamó “sociedades contra el Estado”. La arqueología nos muestra la coexistencia de ambas instituciones desde tiempos remotos. Tiwanaku comparte con el ayllu, la comunidad en forma de archipiélago territorial estas procedencias inmemoriales. Alguna vez se planteó dar otros nombres a estas instituciones, quizás “sociedades con Estado” y “sociedades sin Estado”¹¹⁸. Sin embargo, ahora no se trata de discutir los términos, sino de evaluar los procesos.

Por razones de síntesis, llamemos a una ‘Estado arcaico’ y llamemos a la otra ‘sociedad nómada arcaica’. A esta última también podríamos haberla llamado “sociedad del archipiélago territorial” o, definitivamente, proponer para ella el nombre de ayllu, como categoría universal. Pero, como dijimos, no interesa en este momento mayor precisión sobre los términos. Lo que interesa es visualizar los procesos de los Estados y las sociedades en los desplazamientos múltiples de las historias concretas. En la geografía andina, los Estados parecen haber vivido transformaciones en sus medios de interioridad, en sus unidades de composición, según una correspondencia confrontada con los ayllus. En la geografía amazónica y chaqueña, las sociedades parecen haber impuesto una predominancia de las sociedades nómadas. No es este un panorama homogéneo, pues en Moxos se llegó a tener una agricultura elaborada usando redes de canales y terraplenes. En el periodo expansivo del Tawantinsuyu se incorporó a la

118. Ver Prada Alcoreza, 2004.

administración inca lo que se vino en llamar el cuarto suyu, el Antisuyu, que corresponde a lo que es la Amazonia y el Chaco.

La múltiple historia de las relaciones entre Estados y sociedades en el continente antes de la conquista y la Colonia está por hacerse. Sólo hay estudios de caso, como seguimiento a las crónicas y con la mirada del historiador de los documentos y correspondencia que dejó la administración colonial. La tarea queda pendiente. Es necesario el apoyo de la arqueología para armar el mapa de las relaciones de las diversas instituciones en los distintos contextos sociales.

Los periodos coloniales traen otro estado de cosas, se incorporan otras instituciones, los territorios conquistados, con sus poblaciones, sus instituciones, sus ámbitos imaginarios y simbólicos a los flujos descontrolados del comercio, del mercado, de la colonización, del trajín de la administración extraterritorial de las coronas y los imperios, de la explotación del oro y la plata y, más tarde, de las plantaciones. El Estado que se instala en las tierras de Abya Yala es el Estado moderno, en su versión patrimonial. El gran Estado colonizador es ya el instrumento de la expansión imperial, pero sobre todo instrumento del desplazamiento mundial del capitalismo. Estos Estados son los grandes dispositivos que diseñan el sistema mundo capitalista.

La evolución de las repúblicas criollas hacia la forma de los Estados-nación en el continente americano pasa por las guerras de independencia. Empero, en su amplia mayoría, son Estados-nación subordinados a los Estados-nación de los imperialismos en desarrollo, en los distintos ciclos del desarrollo capitalista. Si observamos los procesos políticos, vemos que los dos polos del Estado que habíamos dibujado más arriba no se dan en la metáfora del emperador terrible y el rey sacerdote, merced a la captura de la máquina de guerra. Los polos del Estado se dan en el continente como ruptura, en la dislocación de la historia, en su desaparición como continuidad y relato, en la trasgresión inaudita, en la violencia sin precedentes. No es la guerra de los nómadas contra el Estado y después la captura mágica por el Estado de la máquina de guerra, sino la guerra de conquista. Una guerra desatada por el Estado patrimonial colonizador, por los aparatos militares, administrativos y de explotación de las grandes empresas coloniales, financiadas por la expansión capitalista. Si hubiera

que recurrir a alguna metáfora, ésta tendría que ser la del cuerpo cortado, la del cuerpo fragmentado y torturado.

Son rostros y cuerpos que constituyen soberanía política no sólo en distintos ámbitos estatales sino también en horizontes históricos radicalmente diferentes. Se trata de un quiebre con las consecuentes disyunciones y descomposiciones de mapas institucionales, estructuras simbólicas e imaginarios sociales. Se trata de la supeditación violenta de la alteridad y la diferencia a la subjetividad moderna; de la subsunción formal del trabajo al capital, en una gigantesca acumulación originaria. Es el nacimiento violento del mundo moderno.

La crisis que se pone en evidencia con la historia reciente de las luchas sociales, desde abril de 2000 a mayo y junio de 2005, rasga completamente el velo de ficciones que cubre la composición quebrada de la República. La institucionalidad jurídico-política no es más que una ilusión jurídica y política, a pesar de su materialidad, pues no tiene correspondencia con las relaciones, prácticas y estructuras sociales, con la vida cotidiana. Tampoco la tiene con la vida política; es decir, con el campo bullente del consumo, del intercambio, de la complementariedad y de las producciones; ni con el campo de fuerzas concurrentes y los mapas de los conflictos.

Esta crisis múltiple, crisis de la República, del Estado, del modelo político, del modelo económico, crisis social y cultural, pone en cuestión la existencia misma del Estado-nación subalterno. La crisis requiere hurgar en el accidente del quiebre histórico mismo. Esto significa hacer visible lo que se ha puesto en la sombra, iluminar la pluralidad que anida en la oscuridad arrinconada por la Ilustración, recuperar de las profundidades geológicas las composiciones diseminadas de las sociedades indígenas.

Las dos polaridades del Estado deben ser abolidas. Polaridades de un cuerpo cortado, partes del cuerpo fragmentado, amarradas en su mezcla forzada; mezcla que solapa el Estado arcaico con las formas reiteradas del Estado colonial. La guerra de conquista media en esta complementariedad espuria entre el pasado y el presente, entre Estado arcaico y Estado colonial. El descuartizamiento del Tawantinsuyu se llevó a cabo mediante un apabullante proceso de desterritorialización. La guerra anticolonial, en oposición a la guerra de conquista, desamarra

el nudo que enlaza las partes indebidas del Estado. Disuelve los pactos coloniales, los pactos señoriales, los pactos clientelares, los pactos de gobernabilidad. En esta perspectiva, el horizonte posible es el de la descolonización radical.

Ello significa constituir las condiciones materiales y subjetivas, las condiciones de posibilidad histórica de una democracia efectiva en un continente conquistado, mutilado, explotado y saqueado donde los Estados criollos hicieron la guerra a las sociedades indígenas. Esto es, una democracia que no sólo iguale a los hombres y las mujeres, sino también haga equivalentes a las culturas, con sus proyectos civilizatorios y societales. Al respecto, los movimientos sociales idearon una consigna, que en realidad es una perspectiva democrática radical. Esta perspectiva es la Asamblea Constituyente, pensada como instrumento del poder constituyente originario.

La Asamblea Constituyente no puede reducirse a una asamblea nacional, que sólo se encargue de redactar la nueva carta magna. Eso es lo que pretendían las instituciones conformadas para apoyar al proceso, desde la Unidad de Coordinación para la Asamblea Constituyente (UCAC), conformada por el gobierno de Carlos Mesa, hasta el Consejo Preconstituyente, apresuradamente armado por el gobierno de Rodríguez Veltzé y la Comisión del Parlamento, organizada con el mismo fin.

Estas instancias no son más que podadoras del poder constituyente de las multitudes. Se oponen a los alcances de este poder, que usa a la Asamblea Constituyente como instrumento político para cambiar la unidad de composición del Estado, para modificar el mapa institucional, para producir un nuevo reordenamiento geográfico, avanzando en la reterritorialización indígena y en la recuperación absoluta de los recursos naturales, en aras de gestiones colectivistas y comunitarias. El actual gobierno popular, que nació de las urnas, no puede repetir estas reiteradas limitaciones del poder constituido, que quiere enjaular al poder constituyente, como si fuera una fiera salvaje. Si lo hace, se limitará a contentarse con una gestión de gobierno, que en el mejor de los casos opte por reformas estructurales de signo opuesto a las anteriores, a las reformas neoliberales. Las reformas no nos sacarán de la crisis.

La crisis múltiple de la República requiere transformaciones profundas que apunten a derribar los cimientos de las estructuras de poder vigente. Luego de la gestión de gobierno, ¿qué? ¿Qué posiciones se tiene con respecto al Estado, institución heredada de la Colonia? ¿Cómo traspasar el poder efectivo a las comunidades, colectividades, organizaciones sociales que realicen el control social? ¿De qué manera desplazarse, creando miles de líneas de fuga que nos permitan salir de los diagramas de poder impuestos por una larga historia de dominaciones polimorfos? ¿Cuáles son los pasos clave para una descolonización radical? ¿De qué manera podemos evitar una nueva suplantación de los deseos, las pasiones, las esperanzas de las multitudes? ¿Cómo se puede estar a la altura de los seis años de luchas sostenidas por los movimientos sociales que supieron crear nuevos horizontes políticos, horizontes que nos constituyen hoy, que nos hacen diferentes, cambiando raudamente las coyunturas?

Son estas preguntas las que palpitan en el ambiente. Sirven de parámetro para medir las políticas que se implemente. La cuestión del Estado es primordial, pues apunta a la matriz de su relacionamiento con las sociedades. Tiene que ver con la problemática del poder, que no se resuelve simplemente con llegar al poder; pues el poder, la estructura de poder, la arquitectura de poder heredada puede tomar al gobierno, atrapándolo en las lógicas ya establecidas. De este modo, la consecuencia es que el gobierno tome al partido, atrapado en una ruta que ya no controla. Para escapar de este dramatismo, de una historia ya escrita, para crear, para escribir un nuevo relato, un nuevo entramado, es indispensable transferir el ejercicio político a los portadores del cambio: los movimientos sociales, las comunidades, las colectividades. Desde esta perspectiva, el gobierno no puede sino ejercerse desde abajo. Lo demás es suplantación y nuevas ilusiones, que no tardarán en desplomarse como castillo de naipes. El gobierno popular no puede olvidar que es un gobierno de transición en el proceso constituyente. No tiene ni las competencias, ni los atributos, ni los instrumentos, para completar el devenir de las transformaciones políticas y sociales. En cambio, la Asamblea Constituyente tiene estas competencias, estos atributos y estos instrumentos, no sólo porque es soberana, sino sobre todo porque es instrumento del poder constituyente originario.

Escenarios

¿Cómo se conforman los escenarios políticos, no los del teatro o el cine? Esta pregunta relacionada parece pertinente, pues la política cada vez más se parece al teatro y al cine. Es una puesta en escena. Sobre todo cuando intervienen los medios de comunicación de masas, particularmente las cadenas televisivas. Se puede decir que la televisión produce “realidades”. Por lo menos, esas realidades asumidas socialmente. Hablamos de la construcción de imágenes, de la construcción del imaginario virtual, donde la realidad ya no es la realidad fáctica, el hecho contundente que afecta inmediatamente a los sentidos, que se la acepta por mediaciones simbólicas, que termina conformando los imaginarios sociales, verdaderos entramados de interpretación. Ahora la realidad está subsumida al celuloide y a la pantalla, la realidad forma parte de un montaje, instrumentalizado por las máquinas y significado por la persecución compulsiva del sensacionalismo.

Las cadenas televisivas en Bolivia no se esmeran mucho en el estilo, ni en el decoro, tampoco en el guión; basta con exasperar ciertas imágenes para convencer. Uno de esos grotescos montajes escénicos es el relativo a la relación coca-cocaína. Se dice, sin mayor reflexión, que la coca excedentaria está directamente destinada a la producción de cocaína. La zona del enfoque es el Chapare, en esta acusación siguen las zonas de Los Yungas. Habría que preguntarse qué entienden estos entusiastas comunicadores por “excedentario”, respecto de qué, ¿del consumo tradicional? ¿Se tiene estadísticas actualizadas del consumo tradicional, incluyendo la exportación al norte argentino y, obviamente, el crecimiento vegetativo y social de los acullicadores? Ciertamente que no. Todavía los “comunicadores” se mueven, si es que se esmeran en tomarlo en cuenta, con los estándares de las investigaciones sobre el consumo de los años sesenta del siglo pasado. La premisa de sus enunciaciones son los prejuicios. Sobre todo las aparentes verdades difundidas por la DEA, los servicios de inteligencia, el Departamento de Estado y las políticas contra el tráfico de drogas de Estados Unidos. Y a pesar de ello, entran en contradicción con los comportamientos efectivos y secretos de las instituciones y dispositivos de control e interdicción estadounidenses.

Hasta ahora, no se ha respondido a preguntas que cuestionan el contexto integral del tráfico, desde el cultivo de coca hasta el consumo de cocaína. Tal parece que, a pesar de la teatralizada lucha contra el narcotráfico, se promociona mantener ciertos niveles de consumo, ciertas líneas de tráfico, reprimir otras, afectar a los pequeños productores y no necesariamente a los grandes carteles (dependiendo de cuáles): atacar a lo más débil y vulnerable en la cadena, a los productores de la hoja de coca, como si de esta forma se libran de su conciencia culpable. El montaje de la lucha contra la cadena coca-cocaína es uno de los escenarios; su puesta en escena se ha mantenido como parte de la guerra de baja intensidad contra los cultivadores de la hoja de coca.

Otras puestas en escena se llevaron a cabo, sin duda, en torno a la compulsiva publicidad del neoliberalismo, tal como se aplicó en América Latina, pero sobre todo en Bolivia. Aparecieron con el aplastante peso discursivo de que no había otra realidad que la verdad del mercado mundial y la globalización. La realidad enunciada terminaba circunscrita a la efectividad del mercado y la expansión de la globalización. Desde esta perspectiva, se clausuraba el modelo de acumulación estatal y se abría las políticas económicas al pragmatismo del mercado y a la cadena de privatizaciones. El achicamiento del Estado, el ejercicio de la desregulación, la flexibilización laboral, la transferencia de las empresas públicas y de los recursos naturales al capital transnacional fueron medidas de ajuste estructural a imagen y semejanza de la reducción monetarista del mundo. Con la relocalización minera supuestamente había desaparecido el proletariado e ingresábamos de lleno a un país cuyo destino era ser país de empresarios.

Esta puesta en escena duró quince años; al cabo, los cuadros terminaron desdibujados y despintados, el telón de fondo se desgarró. Al iluminarse la escena, el drama apareció convertido en pantomima. Quedaron al descubierto los artificios del montaje: todo este aparataje había servido para enajenar de manera delincencial los recursos públicos, las empresas estatales, los recursos naturales, el ahorro interno, los fondos de seguro de los trabajadores. La motivación profunda de este arte, si se lo puede llamar así, fue el circuito exacerbado del clientelaje, el círculo perverso de la prebenda y la mañosa circulación de influencias. El

resultado no fue otro que la absoluta transnacionalización de la economía y la pérdida, sin apelación, de la soberanía.

Este escenario se desmoronó ya desde la guerra del agua, de abril de 2000, y sobre todo después de la guerra del gas, de octubre de 2003, y dio lugar a la irrupción apoteósica de los movimientos sociales después de casi dos años de gobierno de transición en mayo y junio de 2005. Pero hay quienes quieren rearmarlo entre bambalinas, ocultando su pragmatismo neoliberal con un simulado discurso nacionalizador.

La cronología de los sucesos y el cuadro de situaciones de las dos últimas décadas nos permiten saber que hay otros escenarios, esta vez puestos en escena por los movimientos sociales. Se trata, en realidad, de una secuencia de escenarios que componen la trama de la movilización social.

Esta historia reciente tiene sus desenlaces, que serán tratados como parte de un entramado social que parece evolucionar a tonalidades cada vez más intensas, a situaciones cada vez mayores y expansivas y cuya composición y disposición de fuerzas se inclina a definir consecuencias políticas de considerable alcance.

El primero de los escenarios ya fue nombrado: la guerra del agua de abril de 2000; el segundo escenario puede ser identificado como el de la guerra indígena y campesina de septiembre de aquel mismo año; el tercer escenario fue desencadenado por el motín policial de febrero de 2003; el cuarto escenario corresponde a los acontecimientos concomitantes a la guerra del gas de octubre de 2003, y el quinto escenario tiene que ver con la movilización general y expansiva de mayo y junio de 2005. Con el primer escenario se abre el ciclo de los movimientos sociales, la historia reciente de las luchas sociales, de los actores populares, los protagonistas colectivos, las organizaciones sociales y las multitudes. Hay figuras de la rebelión que toman la iniciativa política y definen los horizontes de los últimos tiempos, abren las coyunturas y las clausuran para iniciar otras.

El primer desenlace fue la expulsión de la trasnacional Aguas del Tunari y la consecuente derrota del gobierno de turno en lo que respecta a las políticas de privatización del elemento vital.

El segundo desenlace nos traslada sorpresivamente a los primeros levantamientos anticoloniales: se enlaza genealógicamente a las

rebeliones indígenas del siglo XVIII. Antiguas luchas no resueltas terminan por hacerse presentes al inicio del siglo XXI. La guerra indígena interpela al Estado republicano, derrumbando sus certezas, sus valores, sus prejuicios, sus poses, sus modalidades discursivas, sus legalidades y su legitimidad lograda.

El tercer desenlace devela la guerra intestina en el interior del Estado, muestra sus grados de descomposición cuando sus aparatos coercitivos, las instituciones que monopolizan la violencia legal, se enfrascan en una guerra interestatal, en una microguerra civil.

El cuarto desenlace produce la renuncia del entonces presidente, Gonzalo Sánchez de Lozada, emblemático personaje del periodo neoliberal, artífice de las políticas de ajuste estructural y de la modalidad de privatizaciones conocidas como "capitalización". Con esto se produce la primera sustitución constitucional y el primer gobierno de transición.

El quinto desenlace clausura el lapso del primer gobierno de transición, para en seco la conspiración de la santa alianza conservadora (empresarios privados, terratenientes, oligarquías, burguesía intermedia, transnacionales, Congreso, Poder Ejecutivo y Poder Judicial) que quería derivar en una abrupta sustitución constitucional por la persona del entonces presidente del Congreso, llevando a cabo a continuación un estado de sitio y la represión a los movimientos sociales, además de abrir una coyuntura electoral con la última sustitución constitucional posible, en la persona del presidente de la Corte Suprema.

Como se puede apreciar, los múltiples escenarios pueden conformar dos grupos: el primero se remonta a 1985-2000; el segundo, a 2000-2006.

La diferencia entre ambos radica no sólo en que la puesta en escena en los segundos la producen los movimientos sociales, sino en la composición misma de su montaje y en sus diseñadores. En el primer grupo, la composición de escenarios tiene que ver con políticas internacionales: en un caso, de interdicción de la coca; en otro, con políticas monetaristas y de reforma diseñadas por organismos multilaterales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y Banco Interamericano de Desarrollo) que representan, en definitiva, el nuevo orden mundial. En el montaje también intervienen actores nacionales, como los partidos políticos, los poderes del Estado, principalmente el Poder Ejecutivo y el Poder Judicial.

Y aquí participan con esmero los medios de comunicación de masa. Los canales de televisión, la prensa y hasta las radios privadas. Todo se hace para convencer a la opinión pública sobre la eficacia y pertinencia de las medidas.

En el segundo grupo, la composición tiene que ver con la crisis desatada por la aplicación de las medidas de ajuste estructural. El escenario lo diseñan las resistencias, las respuestas populares, las demandas sociales, la interpelación colectiva al modelo neoliberal. Por lo tanto, la composición de los escenarios tiene que ver con la emergencia de un proyecto propio, de un proyecto nacional o de nacionalidades componentes, con políticas que emergen de la intimidad del cuerpo social.

Los diseñadores de este montaje son los movimientos sociales, aunque también los medios de comunicación participan en el montaje, pues difunden como noticia las rebeliones, los levantamientos, las marchas, los bloqueos, las insurrecciones pacíficas. Pero lo hacen más bien de manera pasiva, con ánimo de decepcionar. Y pasan también a la intervención activa cuando toman partido, descalificando a los movimientos sociales, interpretando lo que acontece con una mirada distorsionadora de los hechos. Toman, por ejemplo, partido por las empresas transnacionales frente a la demanda de nacionalización de los hidrocarburos. Al hacerlo de este modo, participan de determinada manera en el montaje de los escenarios. Sin embargo, debe quedar claro que sin medios de comunicación no se hubieran dado plenamente los escenarios, sólo que en unos casos jugaron papel de aparente neutralidad, difundiendo esmeradamente el mensaje de las estructuras del poder y de las estructuras económicas; en otros, intervinieron descarnadamente en contra de los movimientos sociales.

Escenarios de la coyuntura electoral y la coyuntura poselectoral

En la última coyuntura electoral (julio a diciembre de 2005), lo que más se discutió era la inclinación del voto o, por lo menos, eran estas tendencias las que motivaban a toda clase de especulaciones. Llama la atención que

lo que menos se discutiera fueran los programas políticos. En la medida en que se tocaron los programas, se los exhibía de manera chillona, sin intentar siquiera hacer una observación comparativa. Lejos se estaba de abordar el análisis de los programas de gobierno.

Podría suscitar toda una evaluación el parentesco de los programas en cuanto a la nacionalización de los hidrocarburos: la asociación derechista **PODEMOS** hablaba de una “nacionalización del beneficio”, el otro partido centroderechista, Unidad Nacional, hablaba de una nacionalización “mediante acciones” en tanto que el Movimiento al Socialismo (**MAS**) hablaba de una nacionalización efectiva.

¿Por qué este parentesco? Porque nadie pudo obviar la demanda popular por la nacionalización de los hidrocarburos, ni siquiera los otrora defensores a ultranza de las privatizaciones, capitalizaciones y transnacionalizaciones de la economía. Extraña manera, en su caso, de presentarse sin disimulo, sin rubor, como si no hubiera pasado nada, como si no llamara la atención que asumieran posición opuesta, como partidarios de alguna forma de nacionalización. Llamaba la atención que los dos nuevos partidos conservadores, que cobijan a los que fueron esmerados privatizadores, sobre todo sus candidatos a la presidencia, conocidos neoliberales, hablaran de nacionalización. Estas poses forman parte de las adaptaciones políticas al horizonte histórico abierto por los movimientos sociales.

En todo caso, lo que se debe discutir a fondo es qué se entiende por nacionalización. La nacionalización viene a ser la acción política y legal por parte del Estado mediante la cual éste se hace cargo de los recursos y de los bienes privados, estatalizándolos, transfiriendo la propiedad privada a su propiedad. En resumidas cuentas, a esta acción se la puede denominar “confiscación”. Generalmente, la nacionalización viene acompañada por la indemnización a las empresas damnificadas. Esto depende de una auditoría, de las posibilidades y del tiempo de ejecución de la indemnización. Ciertamente, el carácter y la cantidad de la indemnización no pueden afectar el desenvolvimiento de la empresa estatal, no pueden atentar contra su desarrollo y consistencia. Con este parámetro, podemos pasar a analizar las formas de nacionalización mencionadas por las campañas electorales.

La “nacionalización de los beneficios” no es, en primer lugar, una nacionalización. Se trata simplemente del reparto de las utilidades entre el Estado y las empresas transnacionales. Eso es lo que ya se da en la actual Ley de Hidrocarburos, aprobada por el Congreso en 2005, que pasó de una distribución del orden del 18% a una del orden del 50% para el Estado. ¿Qué sentido tiene lanzar como programa de gobierno un objetivo que ya está realizado? ¿Qué clase de tautología política es ésta? Se entiende así que el uso del término ‘nacionalización’ confunde, busca engatusar al elector, en un ambiente cuya inclinación preponderante es por la nacionalización. No podemos llamar a esto un programa político; en todo caso, se parece mucho a las manipulaciones de la mercadotecnia. Se vende un programa o, más bien, se compra el voto, se engancha al elector con campañas publicitarias. De este modo, no interesa tanto cumplir con lo que se dice, sino impactar en la opinión pública. El objetivo es, obviamente, ganar las elecciones, llegar al gobierno. ¿Para qué? Para lograr la continuidad del régimen anterior por otros medios.

Algo parecido pasa con el planteamiento de la condonación de la deuda externa: forma parte de la agenda de la cooperación internacional, algo que en parte se ha ejecutado, con los HIPC I y II¹¹⁹; forma parte de un proceso en marcha. La deuda infinita de la periferia del mundo capitalista no puede pagarse; es más, ya se pagó con creces. Los mecanismos de pago de intereses y amortización están más diseñados para no pagar la deuda que para pagarla. Ésta es la paradoja. La deuda externa viene a ser un mecanismo de control y de dominación por parte de los Estados del centro del sistema capitalista sobre la periferia. Ciertamente, estas cuestiones no aparecieron ni de lejos en los programas ni en la cabeza de los diseñadores de los programas de gobierno. Son problemas primordiales que devienen de referentes de la realidad y deben ser tomados en cuenta a la hora de diseñar políticas y estrategias de solución.

119. Programas auspiciados por el Jubileo 2000 de la Iglesia católica para la condonación de la deuda de los países más pobres del mundo con los países más ricos del mundo, (HIPC por sus siglas en inglés, High Indebted Poor Countries).

El presidente indígena que nació de las urnas

Las elecciones nacionales, llevadas a cabo el 18 de diciembre de 2005, culminaron con la contundente victoria, por mayoría absoluta, del MAS. Este resultado dejó perplejos a sus contrincantes, quienes esperaban, en el peor de los casos, una derrota menor. Fueron literalmente aplastados por la abrumadora victoria del instrumento político popular, vilipendiado por una guerra sucia llevada a cabo por los medios de comunicación que controlaban empresarios de los partidos derrotados. No había nada que discutir. La mayoría absoluta mostró la decisión de los votantes por un cambio efectivo, no por un cambio nominal, no por la palabra “cambio”, que puede servir hasta electoralmente para cualquiera, sino por el cambio material en el orden de las cosas. En contra de los pronósticos de supuestas encuestas —que no eran más que campañas publicitarias—, en contra del chantaje del poder económico, en contra del terrorismo empresarial y político de las clases dominantes y las transnacionales, se impuso estadísticamente la voluntad de cambio. No había nada que observar en esta victoria, salvo, por contraste, el terrorismo blanco que llevaron adelante como campaña los patrones, recurriendo al miedo de las clases medias. Ganó el presidente indígena, jugando también en contra del árbitro del partido.

Ganó contra el poder del dinero, contra el poder del miedo y contra de la conspiración técnica tejida minuciosamente por la Corte Electoral¹²⁰. Esta victoria popular dejó mudos, o por lo menos sin legitimidad, a los portavoces del patronato internacional y nacional, a los agoreros del Apocalipsis, del caos si llegaba al poder un presidente indígena. Estos inquisidores modernos, que imaginaban el desastre si subía al poder la plebe, las multitudes, los indígenas, quedaron sin sus instrumentos de tortura ante la sublevación de las víctimas que habían decidido no ser más víctimas. Las elecciones dejaron como resultado la voluntad general hecha dato. Y se trata de una sumatoria que recoge en su cantidad la cualidad de un programa de transformaciones.

120. La Corte Nacional Electoral depuró de sus listas a cientos de miles de votantes que no se habían reinscrito. Esto afectó, sobre todo, al MAS, porque le escamoteó votos y escaños en el Parlamento en los lugares donde tenía electores seguros.

Esta victoria electoral por mayoría absoluta no tiene precedentes, no solamente si se toma en cuenta el periodo democrático iniciado en 1982, sino el periodo que data desde la Revolución Nacional de 1952, cuando el control de las elecciones quedaba en manos del partido-Estado o cuando las elecciones formaban parte de un show cívico- militar, como la exhibición de 1966 que llevó a la presidencia al extravagante general René Barrientos. Durante el periodo neoliberal iniciado en 1985 ninguno de los partidos llamados “tradicionales o sistémicos” llegó jamás a acercarse a una mayoría absoluta. Se encontraron siempre muy por debajo. Para resolver la dispersión y la fragmentación del voto se inventaron la “governabilidad” sostenida por pactos. A su vez, estos “pactos por la democracia” se sostenían sobre relaciones clientelares y prebendales, lo que se ha venido en llamar cuoteo político.

Lo ocurrido el 18 de diciembre de 2005 no tiene precedentes, es un hito. Sin embargo, los medios de comunicación no se pronunciaron, menos los analistas políticos. Los medios y los analistas siguieron con la rutina de irse por las ramas sin tocar el tronco y mucho menos las raíces. Pero estaban desentonados en el nuevo contexto, en el nuevo escenario construido por las multitudes.

Las movilizaciones de mayo y junio de 2005 abrieron la coyuntura electoral, derrotaron la conspiración de la derecha, de su “santa alianza”, obligaron a una adelantada apertura electoral, a una nueva sustitución constitucional y a una nueva transición. No se pueden explicar los resultados de las elecciones si no a la luz del ciclo de los movimientos sociales que arrancaron en 2000. Los movimientos sociales construyeron nuevos horizontes políticos, provocando sucesiones raudas, haciéndose desmesuradamente visibles, conquistando sus derechos, defendiendo los intereses nacionales, sociales y de los indígenas, después de haber sido pisoteados por la casta política y las clases dominantes. Y hubo una conclusión democrática de tal ciclo de movilizaciones.

El gobierno popular de Evo Morales se presenta como una conclusión política de ese proceso. El presidente indígena aparece como una reivindicación histórica de las mayorías. Esto no quiere decir que las movilizaciones acabaron, sino que las movilizaciones ahora se trasladan al plano del Estado, sin dejar sus propios territorios en las entrañas de

la sociedad civil. Antes, con las elecciones de 2002, las movilizaciones se desplazaron al Parlamento, sin abandonar sus desplazamientos y recorridos en la geografía de las luchas sociales. Por eso, lo que ahora ocurre está íntimamente ligado al proceso constituyente, y, en la matriz de este proceso, con el poder constituyente de las multitudes. La multitud ahora aparece como multitud electoral, quizás de un modo expansivo, irradiándose más allá de la movilización, incorporando a los no movilizados empero descontentos con el cretinismo parlamentario de los partidos neoliberales, con el cinismo de los gobiernos de las clases dominantes. Indígenas, campesinos, sindicalistas, cooperativistas, gremialistas y clases medias votaron por el presidente indígena.

La convocatoria de Evo reproduce la convocatoria de Tupac Amaru. Aquella fue una convocatoria a indios, mestizos, criollos, afrodescendientes y mulatos para liberarse del yugo colonial y construir una nación. Todos tuvieron la oportunidad de iniciar otra historia, distinta a la signada por las traiciones, divisiones y chantajes de las oligarquías, siempre mezquinas, además de estrepitosamente miopes. Ahora la convocatoria es nuevamente a todos: indígenas, mestizos, clases medias, empresarios con vocación nacional, para formar una nación, en pleno sentido de la palabra.

¿Escucharán todos el clamor de esta convocatoria? ¿Otra vez se impondrá el localismo empedernido de las oligarquías que apuestan a particularismos sin destino? ¿Otra vez se disolverá la cohesión movilizada, la multitud electoral? ¿Otra vez reaparecerá la conspiración como un monstruo de mil cabezas? ¿Volverá el fantasma de la derrota de la Unidad Democrática y Popular abriéndose en dos frentes al gobierno, uno de derecha y otro supuestamente de izquierda? No sabemos la respuesta. En realidad, está en nuestras manos, depende de lo que hagamos en este ahora político, en este presente, que es el único vínculo con la realidad efectiva. Lo demás es abstracto, y los fines perseguidos en el plano abstracto muchas veces sirven de excusa para justificar una empedernida obsesión por la disolución, si es que no forman parte del brazo largo de la conspiración conservadora. La respuesta está en la acción política, tanto del gobierno como de las multitudes.

Materializar la convocatoria es seguir consecuentemente el programa encarnado en los movilizados. Esto tendrá que hacerlo el gobierno, respaldado por su mayoría congresal. Materializar la convocatoria es controlar, vigilar y también apoyar y defender al gobierno popular. Esto por parte de la multitud electoral.

La convocatoria está dada; su realización depende de la consecuencia, tanto por parte del gobierno popular como de las multitudes, con el programa de los movimientos sociales. Consecuencia con la política de las multitudes, política espontánea de las masas que saben distinguir entre amigo y enemigo, que no sabotean al amigo y atacan al enemigo, que controlan y exigen el cumplimiento consecuente de su programa. Este programa se puede resumir en la nacionalización de los hidrocarburos, en la convocatoria a la Asamblea Constituyente originaria, en la nueva reforma agraria que corrija las faltas y perversiones de la anterior, en la reterritorialización de las comunidades indígenas.